

LA HIJA DE FRANKENSTEIN

SILVER KANE

¿Es posible que en pleno siglo XX alguien esté emulando las prácticas del doctor Frankenstein?

Tuc Mallory se ve envuelto en una vorágine de acontecimientos al contemplar los ojos de una mujer. Unos ojos que el conocía perfectamente. Pero esa mujer había muerto hacía dos años…



Silver Kane

La hija de Frankenstein

Bolsilibros: Selección Terror - 25

ePub r1.0
liete 11.12.14

Título original: *La hija de Frankenstein*
Silver Kane, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

No era la primera vez que Tuc Mallory veía los ojos de la muerta.

Al principio había tenido una cierta sensación de estar soñando, cuando distinguió, por encima de las cabezas de los invitados que llenaban la sala, aquellos ojos que le miraban intensamente. Tuc Mallory se hizo servir una copa de champaña, la bebió de un trago y se encogió de hombros, mientras pensaba: «Bueno, ya vuelvo a estar mal…».

La verdad era que llevaba demasiado tiempo trabajando con exceso para el Intelligence Service, cambiando de ambiente casi cada día, enfrentándose a peligros siempre nuevos y a personas siempre desconocidas. A la larga, eso destroza a un hombre, aunque ese hombre tenga la resistencia que tenía Tuc Mallory.

Con otra copa de champaña en la izquierda, y caminando negligentemente entre los invitados, penetró en lo que llamaban Gran Sala Circular. Allí había una docena de muchachas ahorcadas.

Los invitados pasaban materialmente bajo las piernas de las muertas y miraban hacia arriba sin ningún rubor. A causa de las posturas violentas de la agonía, los cadáveres mostraban todas sus intimidades. En torno a aquella visión de aquelarre, las elegantes damas y los importantes caballeros, muchos de ellos condecorados con la Orden de la Jarretera y del Imperio Británico, hacían un gran consumo de canapés y de champaña «Dom Perignon», mientras susurraban:

—Fascinante…

—Maravilloso…

—Único…

Tuc Mallory dirigió también una mirada superficial a aquellos cuerpos colgantes, sin querer mirar demasiado las expresiones de agonía de los rostros. Las chicas eran extremadamente jóvenes, e

incluso había una que sólo tenía catorce años.

Tuc bebió un nuevo sorbo de champaña.

Y tropezó por segunda vez con los ojos de la muerta.

Bisbiseó:

—¿Es posible?

No, claro que no… Nunca sería posible aquello. Se trataba de una alucinación, pues durante los últimos meses, en el curso de una misión en China nacionalista, había tomado casi continuamente centraminas para no dormirse. Esas cosas parece como si no tuvieran importancia al principio, pero luego acaban pagándose. Tuc Mallory pensó que ya empezaba a sufrir alucinaciones.

Pasó entonces a la llamada Sala Oblonga.

Allí había hombres y mujeres descuartizados, cuyos miembros habían sido lanzados en todas direcciones. Lo normal era que los cuerpos hubiesen sido destrozados por cuatro caballos, que, al tirar en direcciones opuestas, los habían acabado partiendo en cuatro partes. De algunos de los miembros aún goteaba la sangre.

Se detuvo de nuevo ante los ojos de la muerta.

Ella le miraba fijamente.

Debajo de aquellos ojos había una naricilla respingona y graciosa, que dejaba traslucir un no sé qué de afición por las travesuras. Había también una boca ancha y bien formada, quizá demasiado grande, pero tan sana que Tuc (al fin y al cabo, un verso en cuestión de mujeres), pensó: «Aquí puede estar uno media hora mirando sin cansarse». La barbilla estaba bien dibujada y el cuerpo era de líneas suaves, uno de esos cuerpos flexibles que sólo los entendidos valoran bien. Como Tuc era un entendido, se detuvo en el examen de cada línea de aquel cuerpo. Pero no lo hacía porque la mujer le gustase más o menos que las otras. Lo hacía porque *tenía miedo*.

Porque no quería mirar aquellos ojos.

Y ahora los veía en la cara de otra mujer…

Pero estaba seguro de que eran los mismos. El color, la forma… Hasta tenían el mismo pequeño defecto, la manchita negra en el iris. Tuc sintió que el estremecimiento llegaba hasta el fondo de sus huesos y dejó de mirar.

Condenadas pesadillas.

Pero ella ya se había acercado. Como estaba sola en la reunión y

como Tuc Mallory la había mirado con aquella rara intensidad al descubrir sus ojos, no tenía nada de especial que ella se sintiera un poco sorprendida. Además, Tuc Mallory era quizá el hombre más atractivo que había en la Sala Circular y la Sala Oblonga.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella.

—No creo. Estoy haciendo memoria, pero no puedo identificarla. Perdone —dijo Tuc, perdiendo una magnífica oportunidad brindada en bandeja.

Él sabía que hubiera debido contestar todo lo contrario.

«Sí, claro que te conozco —hubiera debido contestar, con la mayor naturalidad—. ¿Cómo estás? No sabes lo que te he recordado durante todo este tiempo. Vamos a tomar una copa para celebrarlo».

Pero en lugar de eso se comportaba como un muchacho tímido. Por primera vez en su vida se encontraba ante lo inexplicable y tenía miedo. Ella insistió de la forma más sencilla: se puso un cigarrillo en los labios, con lo cual Tuc no tuvo más remedio que darle fuego.

—Pues me miraba usted mucho —dijo—. Ha habido un momento en que me ha parecido que, al mirarme, usted contemplaba algo asombroso. Y, sin embargo, no tengo nada de especial.

—Tiene usted muchas cosas especiales —dijo Tuc, galantemente —. Y además, lo sabe. ¿Viene sola?

—Sí. ¿Qué le parece esto?

—Asombroso.

—La sensación de realismo es sobrecogedora, ¿verdad?

—Claro —dijo él—. Lord Clayton ha conseguido algo que no tiene parangón en el mundo entero. Este museo en el que se resume la historia de la pena de muerte, y que ahora sólo cuenta con dos salas, será una macabra obra de arte, pero obra de arte al fin. ¿Se ha fijado?

—¿Fijado en qué?

—La piel —dijo suavemente Tuc—. La piel humana es auténtica. Las figuras están moldeadas en cera y plástico, pero han sido cubiertas con piel humana de verdad, debidamente tratada. La habrán obtenido de personas muertas, claro.

—Claro… —dijo ella, con un soplo de voz—. Es espantoso.

«También son espantosos tus ojos —pensó Tuc—. Espantosos y, sin embargo, increíblemente bellos».

Mientras, a su vez, encendía un cigarrillo, musitó:

—Lo mismo puede decirse del pelo. Incluso el de las partes íntimas de las mujeres es auténtico. ¿Sabe usted que en Europa, hacia el año 1700, se podía condenar a muerte a una chica de catorce años, por robar?

—Ya he visto los cadáveres —susurró ella—. Ha habido un momento en que he tenido la sensación de que me mareaba.

—Lo que no acabo de comprender —dijo Tuc, queriendo mostrarse indiferente— es la sangre que aún rezuman los cuerpos descuartizados. Lord Clayton debe haber usado hemoglobina, inyectándola en los falsos tejidos, pero los efectos son asombrosos.

La mujer seguía mirándole fijamente a través de aquellos ojos misteriosos. Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Sabe que soy doctora en psicología? Tal vez me haya oído nombrar: la doctora Manfred.

—Es usted demasiado joven para dedicarse a esa cosa tan horrible como la de descuartizar el alma de los demás —dijo Tuc, cortésmente—. ¿Y qué explica una doctora en psicología de lo que está ocurriendo aquí?

—Que usted había visto en mí *algo* —musitó la mujer—. No se fijaba en las otras cosas, sino en mí. Quería disimularlo y no podía. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Dónde me ha visto antes? ¿Qué le asombra tanto?

Era una invitación a la confidencia en todos los terrenos, pues las señoras que no quieren líos no hablan así. Tuc Mallory supo apreciar lo que aquello valía y se dejó llevar por las nubes grises de la pesadilla.

Con voz queda, dijo:

—No puedo explicárselo aquí. Demasiada gente, demasiado ruido. ¿Podría ser en el curso de una conferencia íntima?

Ella dijo prometedoramente:

—Sí.

—¿Dónde vives?

—Tengo una casa en Whitechapel High Street, a la altura del local del Ejército de Salvación. La conocerás en seguida porque es antigua, está construida en piedra y tiene cortinas rojas.

Normalmente visito allí. Mi domicilio legal está en Pimlico, pero, por ciertas razones, no recibo allí a mis clientes.

—Comprendo.

Tuc entrecerró los ojos. Claro que lo comprendía.

La voz pareció llegar desde muy lejos:

—¿Cómo te llamas? ¿Ricardo Corazón de León?

—¿Es que lo parezco?

—No sé. Tienes algo…

—Me llamo Tuc Mallory —dijo él—, y prefiero hablarte con franqueza. Soy un asesino profesional, un asesino al servicio de Su Majestad. Desde hace años, en el Intelligence Service me pagan puntualmente para que mate de la manera más escrupulosa y digna, a todas las personas que deben morir.

Si pensaba que ella se asombraría, se equivocó. La doctora Manfred dijo con la mayor naturalidad:

—Me gustan los asesinos.

—¿Mucho?

—Verás… Como mujer, soy una leona.

No se podía ser más clara.

Tuc alzó significativamente su copa de champaña.

—Por tus ansias —brindó.

—Por las tuyas.

Los dos bebieron en silencio, mirándose al fondo de los ojos. Fue entonces cuando Tuc se estremeció de nuevo, cuando supo, sin lugar a dudas, que estaba hablando con una muerta. Los ojos que le miraban desde un paso de distancia eran los ojos rasgados, profundos y seductores de Nancy.

—¿De dónde los has sacado? —musitó.

—¿El qué?

—Los ojos.

Ella se volvió de espaldas. No le contestó. Tuc la vio alejarse hacia la Sala Circular, mientras la sombra de una duda se posaba en sus facciones.

No supo que acababa de cometer el primer error. No supo que jamás debió haber hablado de aquellos ojos.

CAPÍTULO II

Hoy, Whitechapel es un barrio de inmigrantes que tiene muy pocos misterios, excepto el de saber cómo se las arreglan algunas personas para pagar el alquiler. Se ven más negros, indios, pakistaníes y malayos que en todo el antiguo Imperio británico. Hace más de setenta años aquél fue el distrito de Jack *el Destripador* y, según se dice, flotaban en él numerosas damiselas más o menos alegres. Ahora las damiselas están más bien mustias y tristes y sólo se preocupan de saber si van a incluirlas en los seguros sociales. Por eso Tuc no iba casi nunca por allí, ya que el viejo barrio lleno de color no le producía más que una invencible desgana.

Pero esta noche era distinto.

Pudo estacionar el coche cerca de la casa de piedra con cortinas rojas y llamó a la puerta. La mujer que le abrió no era la doctora Manfred, pero se le parecía. Quizá resultaba un par de años mayor. Tenía una mirada penetrante y sus labios temblaban, levemente ansiosos.

—Hola —dijo.

Tuc musitó:

—¿La doctora Manfred?

—No ha venido. Ha preferido irse de Londres, ¿sabes? Incluso me ha dicho que no te recibiera.

Tuc no lo entendía.

Pero pasó al interior.

La casa era acogedora, y la chica que le había abierto la puerta era más acogedora aún.

Llevaba una bata muy corta, hasta medio muslo.

—¿Eres su hermana? —musitó.

—Sí.

—¿Por qué me has recibido?

—Ella ha dicho que era una leona, ¿verdad? —preguntó, con el

mayor descaro.

—Sí.

—Pues yo soy una tigresa.

—Lo que acabas de decirme no es una respuesta —murmuró él —. ¿Por qué me has recibido?

—Yo también estaba en la fiesta.

—Ah…

—No me has visto, ¿verdad?

—No.

—Claro. Sólo tenías ojos para mi hermana.

—Es posible que sí —dijo él, sin explicar el porqué de tanta atención—. Confieso que me gustaba. Pero ¿por qué me ha dado con el plato en las narices, después de haberme concedido una cita?

—No sé… Quizá hubo algo que le disgustó.

—¿El qué?

—Algo que tú dijiste.

—¿Y te ha pedido que no me recibieras?

—Claro. Yo le he prometido que te daría cualquier excusa, pero como ya me habías gustado durante aquella maldita recepción, estoy dispuesta a aprovechar la oportunidad. ¿Vale una sustituta?

—Vale.

Al menos ésta no tenía nada inquietante, qué diablos. Al menos, ésta no tenía los ojos de la muerta.

—Me llamo Sandra —dijo.

—¿Psicoanalista?

—No. Algo más sencillo.

—¿Qué?

—Soy una fresca.

Sí, era mucho más sencillo. Por descontado que sí.

Y era también más directo. Y más vital. Y hacía que la vieja casa de Whitechapel, donde se amontonaban los recuerdos de tres generaciones, resultara distinta.

Sandra le ofreció los labios.

—¿Aprobados?

—Hum…

No podía negarse que en Londres encontraba uno agradables sorpresas. Más agradables que en Ankara o Kabul, donde a uno podían liquidarle entre cuatro jenízaros al doblar una esquina. Tuc

pensó, además, que Sandra no tenía la boca tan grande como su hermana.

Y entonces volvió de nuevo la pesadilla.

Entonces, vio la marca.

La pequeña, la suave, la entrañable marca que dos años antes mostraba el cuello de Nancy.

CAPÍTULO III

La voz pareció llegar desde muy lejos otra vez:

—¿Qué te pasa?

Tuc miraba aquel cuello queriendo disimular su obsesión y también su miedo. Era absurdo, pero por primera vez en su vida sentía algo que no había sentido siquiera de niño. La pequeña cicatriz en forma de cruz era la cicatriz de Nancy, muerta dos años atrás.

La voz seguía llegando desde muy lejos, seguía llegando desde las entrañas del pasado.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué? —preguntó Tuc Mallory, como en sueños—. ¿Por qué?

—Me estabas besando tan entusiasmado y de pronto…

Sin darse cuenta, él apretó los hombros de la mujer salvajemente, hasta hacerle daño.

—¿Cuándo conociste a Nancy? —musitó—. ¿Cuándo?

—¿Nancy? No la he conocido jamás.

—Pues la piel de tu cuello…

Ella dijo, con desaliento:

—Ah, era eso…

Y se separó de sus brazos.

—No sabía que se llamara Nancy —dijo ella, con voz débil.

—Pero ¿la conocías?

—No.

—Pues, entonces, ¿cómo se explica eso? ¿Cómo se explica lo de tu hermana?

—Quiero darte un consejo, Tuc —dijo ella, fríamente—. No te conozco apenas, pero eres un hombre que me gustas. Los hombres que me gustan, apenas suman media docena en el mundo; de modo que me sabría muy mal verlos muertos a todos. El consejo es éste:

apártate de ese camino del infierno. No intervengas en él. No des un paso más. Si es que mi cuello significa algo para ti, olvídate de mi nombre y olvídate del nombre de mi hermana.

Fue hacia la sala del fondo. Allí estaba el diván, envuelto en la luz tamizada. Se puso, con movimientos calmosos, un cigarrillo entre los labios y susurró:

—Te prepararé un trago.

—Puedo hacerlo yo —dijo Tuc, queriendo prestar al ambiente un tono de naturalidad—. Soy un pequeño experto.

—Déjalo. Más vale que te quedes aquí. Necesito estar sola unos minutos para tranquilizarme.

—Como quieras.

Él se entretuvo en mirar los muebles mientras la oía a ella trajinar con las copas, más allá del pasillo. De repente, se hizo el silencio. Tuc Mallory encendió un cigarrillo mientras intentaba calmar sus pensamientos.

Lo que había creído una pesadilla, tenía una explicación racional. Sandra iba a dársela, al fin y al cabo. Valía la pena esperar, beber un trago y hablar con ella tranquilamente.

Pero ¿por qué no volvía? ¿Tanto rato necesitaba para servir un par de copas? ¿Y por qué aquel extraño silencio en la habitación de la luz incierta?

Tuc fue hacia allí.

Oía el rumor de sus propios pasos como si lo causara una persona distinta.

La luz rosada de aquella habitación pequeña e íntima le envolvió. Pudo distinguir el diván, la mesa para tomar notas, la alfombrilla, el título de doctora a favor de Irene Manfred…

Y pudo distinguir también el cuerpo de Sandra.

Le habían metido un pañuelo en la boca para que no gritara.

Le habían roto el cuello de un brusco tirón.

Hacía falta una fuerza casi sobrehumana para aquello, porque Tuc entendía de muertos y se había dado ya cuenta de que la técnica empleada era muy rudimentaria: simple fuerza bruta. Sandra tenía los ojos desencajados y estaba sentada en una silla, con la espalda muy rígida y la cabeza echada hacia atrás. Dentro de la boca, la lengua aún parecía moverse trágicamente con un último espasmo. No llevaba muerta ni treinta segundos.

El silencio era agobiante, espantoso, irreal.

Y entonces el cuerpo de Sandra se deslizó suavemente hasta el suelo, sin que nadie lo tocara. Entonces, Tuc Mallory vio nuevamente los ojos de Nancy.

CAPÍTULO IV

Los ojos estaban reproducidos en cinco retratos de gran tamaño, todos en color y todos con un encuadre distinto. Pero eran los ojos de Nancy los que miraban desde todos los ángulos, desde todas las direcciones, desde todos los rincones del pasado… Tuc los hubiera reconocido entre un millón, porque para él, aquellos ojos fueron durante mucho tiempo la única razón de su vida. Y ahora parecían mirar también a la muerta. Parecían darle el último adiós.

¿Cómo habían podido matar a Sandra?

¿Quién?

¿Dónde estaba el misterioso asesino?

Y sobre todo, ¿por qué?

De pronto, los pensamientos se cortaron. Acababa de sonar el timbre del teléfono.

Tuc lo descolgó.

Sólo había oído una vez la voz de Irene Manfred, la doctora en psicología y seguramente en otras dos o tres cosas más interesantes que la psicología. Pero le bastó para reconocerla cuando la captó al otro lado de la línea.

—¿Sandra?

—Soy Tuc Mallory —dijo él, suavemente—. ¿Desde dónde me llamas ahora?

—Tuc, ¿cómo te ha dejado entrar Sandra?

—Ya sé que querías esquivarme, pero hemos llegado a un acuerdo. Dime, ¿desde dónde me llamas?

—Por favor, que se ponga Sandra.

Él apretó los labios.

—No puede —dijo, suavemente.

—¿Por qué?

Los dedos mantenían férreamente el auricular.

—Está muerta.

¿Por qué tuvo la sensación, aun sin verla, de que Irene no se sorprendía? ¿Por qué le pareció que en realidad había estado esperando aquello?

—Tuc…

La voz había sonado como un soplo al cabo de unos instantes.

—Sí. Continúo aquí.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé. Le han roto el cuello. Estaba intentando poner en orden mis pensamientos, porque aún no había entendido nada, cuando ha sonado el teléfono.

—¿Has oído algún ruido? Tenía que pasar.

—¿Qué tenía que pasar?

—Tuc, necesito verte…

La voz había sonado ansiosa.

—¿Dónde? —susurró él.

—Estoy en un sitio donde no me pueden perseguir.

—¿Cuál?

—Tú y yo hablamos allí por primera vez: la Sala Oblonga.

—No parece el mejor sitio para una mujer nerviosa —susurró él.

—Pero es el único donde me siento segura. Sé que hasta aquí no habrán podido perseguirme.

Él hundió la cabeza, mientras una especie de vigor animal se adueñaba de sus músculos, deseosos de pasar a la acción.

—¿Puedes esperarme? —preguntó.

—Claro que sí. Ven…

Tuc colgó.

Dirigió una última mirada al cadáver y salió de la habitación. Estaba seguro de que nada conseguiría allí, y, en cambio, podía obtener mucho de lo que le contara Irene Manfred. Un momento después, sin querer pensar en lo que dejaba a su espalda, se encontraba en Whitechapel High Street, entre turbantes indios, caftanes judíos, feces islámicos. Se encontraba entre mujeres de cintura oriental, tan fina, que parecía incapaz de resistir el abrazo de un hombre. Entre caras achinadas que procedían de los confines de Malasia… Entre corpulentas negras que movían sus nalgas con un solemne «toc… toc… toc…».

* * *

La puerta de la casa construida en piedra.

El letrero negro:

CLAYTON HOUSE

El umbral, por donde se filtraba un resquicio de luz.

Todo aquello formaba como una visión fantástica ante los ojos de Tuc Mallory, que tenía la sensación de haber entrado en los umbrales de lo irreal. Sabía que la exposición de lord Clayton, su macabra historia de la pena de muerte a través de los años, aún no estaba abierta al público, porque había sido presentada a la buena sociedad de Londres un día antes, cuando él conoció a la doctora Manfred. Pero de todos modos, había alguien allí, porque la luz se filtraba a través de la puerta entreabierta. Tuc empujó y entró.

No llevaba armas, puesto que oficialmente se encontraba de vacaciones en Londres, después de una peligrosa misión.

Había aprendido a matar en silencio, desde las sombras, como matan los asesinos mejor pagados del mundo. Y sin embargo, ahora, ¿qué diablos le estaba fallando? ¿Por qué se sentía como un novato ante su primera misión? ¿Qué misteriosa voz le estaba diciendo que acababa de entrar en un reino que no era de este mundo, que acababa de entrar en el reino de la muerte?

Atravesó la antesala de lujoso mármol rojo.

Lord Clayton tenía dinero y había querido gastárselo. La decoración era fastuosa.

Tuc Mallory subió por unos peldaños. Con ello entró en el *sancta sanctorum* de aquella parte de la exposición que ya estaba inaugurada.

La Sala Circular.

Las muertas.

Tuc Mallory las observó recelosamente.

Todo estaba igual que la noche anterior, cuando la fantástica escena fue presentada.

Pero más allá estaba la Sala Oblonga. Las luces se hacían allí más sombrías. Se hacían violáceas, azules, casi negras…

Tuc avanzó.

Todo parecía rigurosamente auténtico.

Quizá demasiado.

Como por ejemplo, aquella cabeza que estaba sobre una de las mesas. Aquella cabeza cortada que sangraba profusamente.

Aquella cabellera conocida.

Aquella boca ancha, demasiado grande, tan llena de secretos.

Aquellos ojos espantosamente abiertos que aún miraban a Tuc Mallory.

Los ojos de Nancy…

Tuc Mallory sintió que todo daba vueltas en torno suyo al ver aquella cabeza cortada, al encontrarse de nuevo con Irene Manfred convertida en una pieza más de la exposición, al captar la mirada que había quedado cristalizada en sus ojos; la mirada con que le pedía ayuda —con que se la pediría siempre— desde el reino maldito de las sombras.

CAPÍTULO V

—Le juro que no lo entiendo. Por eso le pido que no me encargue de ninguna misión en el plazo de dos semanas y me deje en absoluta libertad. Durante ese tiempo no oirá hablar de mí. Necesito revolver Londres, empezando por sus cementerios; necesito hacer cosas que no he hecho en mi vida, se lo juro.

El hombre que hablaba con Mallory tenía las facciones grises.

Todo él era gris, inexpresivo, amorfo. Externamente, era un funcionario de segunda clase de la Malasia House, situada cerca de Trafalgar Square. Externamente era también un vendedor de baratijas orientales que tenía una tienda sin fortuna en el norte de Baker Street. No tenía vicios ni hacía viajes. Puestos a no tener, no tenía ni licencia de armas.

Sin embargo, Tuc Mallory sabía que era uno de los hombres más peligrosos del mundo.

Casi tan peligroso como él.

El oriental, que tenía una cabeza perfectamente organizada, susurró:

—¿Qué hizo después de ver la cabeza en la casa de lord Clayton?

—Puede decirse que huí.

—¿Sin buscar al culpable?

—Algo me dijo que no lo encontraría. Algo me aseguraba que al culpable no podría verle jamás con mis ojos humanos, sino con los ojos de mi imaginación. Y en aquel momento, la verdad es que no imaginaba absolutamente nada. Era incapaz de pensar.

—Conozco los síntomas, porque a mí me ha pasado otras veces, aunque no en situaciones tan extrañas como la suya. Y en cuanto a la chica de Whitechapel, ¿sabe que ya la han descubierto?

—Sí. He leído los periódicos. Las han descubierto a las dos.

—No dicen nada de que le busquen a usted, Mallory.

—No, aún no, pero me buscarán. Siempre habrá alguien que dé mi descripción. Todo consiste en que la policía vaya atando cabos.

—¿Piensa huir?

—Claro que no —dijo secamente Mallory—. Lo único que pienso hacer es trabajar a mi manera.

—¿Cuándo vio a Nancy por última vez?

—El día en que fue sepultada, hace dos años.

—¿Murió de accidente?

—Sí. Un atropello.

—¿Fue descubierto el culpable?

—No. Se dio a la fuga y todas las pesquisas resultaron inútiles a pesar de que Londres fue batido palmo a palmo.

—Entonces, ¿podría tratarse de un asesinato?

Mallory dijo, secamente:

—Sí.

—¿Asistió al entierro de Nancy?

—Ya le he dicho que fue la última vez que la vi. Y estaba entera. Tenía su cuello, sus ojos… Estaba entera, se lo aseguro.

—¿Se hubiese casado con ella?

—Claro que sí. Ya lo teníamos todo preparado para unos meses más tarde. Ni a ella ni a mí nos gustaba seguir viéndonos clandestinamente.

—Lo comprendo. ¿Va a pedir que sea exhumado el cadáver?

—Ése es asunto mío. Quizá lo haga.

—¿Y está seguro de que sus ojos eran los mismos? ¿Y de que la cicatriz en forma de cruz en el cuello también lo era?

—Sí —dijo sombríamente Tuc, hundiendo la cabeza.

—Se enfrenta usted a algo que no tiene sentido, Mallory.

—Lo sé.

El oriental hizo un gesto amplio y que parecía lleno de indulgencia mientras le señalaba la puerta.

—Nadie ha tenido noticias de esta entrevista —dijo—, ni siquiera nuestros jefes. Váyase y no vuelva a ponerse en contacto conmigo, hasta dentro de quince días, aunque si le hago falta para algo muy grave puede llamarme. ¿Necesita algún arma especial?

Tuc, que ya estaba casi en la puerta, susurró:

—Otro cerebro que piense y que sepa atar algunos cabos. El mío ya no sirve.

Salió y tomó el coche de alquiler que había dejado en el jardín. Las sombras de la noche ya estaban cayendo. Una atmósfera suave, dulce y gris lo invadía todo.

CAPÍTULO VI

Y, sin embargo, la cosa no pudo ser más sencilla, incluso más halagadora. Una de las muchachas más bonitas que había visto jamás se situó materialmente delante de su automóvil y le hizo señas para que se detuviera. Si Tuc Mallory llega a estar distraído, la arrolla; tan violento y tan inesperado fue el movimiento de la muchacha.

Tuc frenó de golpe.

Claro que las cosas sucedieron tan rápidamente, que más tarde Tuc se daría cuenta de que no había tenido tiempo de reaccionar. La desconocida, una vez hubo conseguido que él parase, fue hacia la parte izquierda del coche y se situó junto al joven tras abrir la portezuela de aquel lado. Como ya es sabido que en Gran Bretaña se lleva el volante a la derecha, la desconocida quedó sentada al lado del conductor.

Tuc musitó:

—¿Qué le ocurre?

—Por Dios, arranque. Vámonos de aquí.

—¿Le persiguen?

—Sé que lo harán.

Tuc se encogió imperceptiblemente de hombros y dobló la primera esquina a buena velocidad. La muchacha podía ser desde una cortesana callejera a la que persiguiese su *amigo* o *protector* para cobrar la *cuota*, hasta una carterista a la que la policía estuviera a punto de echar el guante. También podía ser una oficinista a la que acosaran unos imbéciles con la científica pretensión de saber de qué color llevaba sus prendas íntimas. O podía ser algo más. Podía ser otra cosa.

Era otra cosa.

Tuc Mallory se dio cuenta, apenas unos segundos después.

La muchacha había cruzado las piernas y él las miró

maquinalmente. De diez hombres sentados ante el volante, nueve lo hacen. De diez hombres sentados ante el volante, nueve piensan lo que pensó Tuc: «Bonitos pies… Excelentes pantorrillas… Las rodillas muy torneadas y poco huesudas… Así me gustan… Las medias muy finas…».

Pero, de pronto, sus ojos se detuvieron en un punto concreto de aquellas pantorrillas.

Era el suave y curioso lunar que exhibía la piel, debajo de la media. Era un lunar en forma de estrella. A la primera ojeada casi no se notaba, pero uno llegaba a tenerlo muy clavado en la memoria en cuanto veía aquellas piernas tres o cuatro veces. ¿Tres o cuatro veces?

¿Dónde diablos las había visto antes?

Ella suplicó:

—Por favor, supongo que usted vuelve a Londres. Lléveme también allí.

—¿Cómo sabe que vengo de Londres y que regreso? ¿Por la matrícula del coche? No, eso no es suficiente. Diga, ¿cómo lo sabe?

—Le he seguido.

—¿Desde Londres hasta Coventry?

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesito hablarle.

Tuc desvió la mirada. Aquellas piernas… Aquellas piernas con el pequeño lunar en forma de estrella… ¿Dónde las había visto antes? ¿En qué oscuro camino de la muerte las llegó a encontrar?

Mientras prestaba atención a la carretera, musitó:

—¿Por qué quiere hablarme?

—Las hermanas Manfred confiaron en usted. Sé que le pidieron ayuda.

—¿Las hermanas Manfred?

Las dos habían muerto. Una con el cuello roto. Otra con la cabeza cortada y exhibida en la Sala Oblonga. ¿Qué era lo que aquella muchacha sabía? ¿Y por qué acudía a él?

—No me pidieron ayuda, pero si me la hubiesen pedido habría fracasado —murmuró Tuc, pesadamente—. Las dos han muerto.

—Temo que moriré yo también.

—¿Y por qué no ha avisado a la policía?

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué?

—No quieren escucharme. Me han tomado por loca. Precisamente he huido cuando trataban de llevarme a una clínica mental para un examen. Me he dado cuenta entonces de que si no huía, jamás lograría salir de allí.

Hizo una pequeña pausa y añadió, con la mirada perdida en la estrecha carretera:

—Usted se preguntará por qué razón han creído que yo estaba loca. Muy sencillo: les he dicho la verdad. Les he explicado que trata de matarme una persona que ya murió.

Tuc Mallory clavó de nuevo los ojos en aquellas esculturales piernas, aprovechando que la carretera era recta.

¿Un muerto que mataba? ¿No significaba eso que la muchacha estaba realmente loca?

Pero ¿cuáles eran los límites de la locura, en aquella maldita aventura en que estaba metido él?

Y, de pronto, recordó las piernas.

El coche dio un bandazo.

Tuc estuvo a punto de perder el control, a pesar de que era un magnífico conductor y a pesar de que en los entrenamientos había pilotado incluso bólidos de carreras.

Porque aquel pequeño lunar, difícil de confundir con otro, era tan inexplicable como los ojos de Nancy puestos en otra mujer. Era tan inexplicable como la cicatriz de Nancy aparecida en un cuello que no era el suyo. Sí… Era tan inexplicable como eso, porque el suave lunar que tenía ante los ojos lo había visto antes… ¡en las piernas de una muerta!

CAPÍTULO VII

Al dar un bandazo el coche, la chica se sobresaltó. Pensó que iban a salirse de la carretera. Con un gemido, preguntó:

—¿Qué le pasa?

Las manos de Tuc apretaban con tal fuerza el volante, que casi le hacían daño.

Lo recordaba todo como si lo estuviera viviendo otra vez. Sigrid había ido trepando escalones en el difícil mundo del cine, empezando por las fotos modelo y los *spots* publicitarios. Pero ni siquiera ese modesto camino era fácil, porque había miles de chicas como ella dispuestas a llegar a lo alto partiendo del mismo sitio. Claro que Sigrid tenía otras armas, aparte de su preciosa cara, y no había vacilado en usarlas una a una.

¿A cuántos hombres importantes concedió sus favores? ¿A cuántos astros de la pantalla llegó a insinuarse para que la llevaran de la mano por el camino del éxito?

¿Cuántos atendieron sus insinuaciones, realmente?

Ella musitó:

—¿En qué piensa?

—En muchas cosas. Una de ellas que aún no me ha dicho ni su nombre.

—Me llamo Wanda.

—¿A qué se dedica?

—Estoy empleada en una empresa de relaciones públicas. Tengo un buen cargo, no crea. Méritos especiales para ello: saber tres idiomas muy bien, saber sonreír y saber enseñar las piernas. Eso fue lo principal, al empezar.

—¿Me ha seguido?

—Pensaba hablar con usted cuando le vi con la doctora Manfred en la inauguración de la Clayton House, aquella siniestra casa de los horrores. Usted no se fijó en mí porque sólo tenía ojos para ella,

pero yo también estaba entre el público. Tuve la sensación de que eran muy amigos y de que usted la protegía.

—¿Qué le hizo pensar que yo me dedico a proteger mujeres?

—No sé… Tiene usted una cierta pinta de asesino profesional, de tipo en el que se puede confiar para los trabajos difíciles. Hasta me recuerda las primeras películas de 007.

—¿No tendrá usted demasiada fantasía?

—No, no… Al contrario, soy una mujer muy realista. Sé que ahora, por lo general, el cine engaña menos de lo que la gente cree.

Tuc volvió a mirar la carretera, exclusivamente. En eso, al menos, la chica no se equivocaba. Él era una especie de 007, aunque su vida era mucho más prosaica que la que las películas habían idealizado. Y quizá eso se le notaba en los gestos, en la cara…

Wanda musitó:

—¿La protegía o no la protegía?

—Olvídese de eso.

—Está bien, lo olvidaré… Pero lo cierto era que en aquel momento yo necesitaba desesperadamente ayuda y no podía acudir a la policía, que ya me había amenazado con hacerme examinar en una clínica mental. Pensé entonces en usted y le estuve vigilando. Buscaba la manera de poder hablarle.

—¿Por eso me ha seguido hasta Coventry, en el centro de Inglaterra?

—Sí. Al mismo tiempo era un modo de huir.

—¿Sabe que la doctora Manfred y su hermana han muerto?

—Claro que lo sé.

—¿Las había amenazado alguien?

—A ellas no lo sé, pero a mí, sí. Habían tratado de matarme dos veces.

—¿Quién?

—Alf Mackensen.

Otra vez el joven estuvo a punto de perder el dominio del volante.

No sabía lo que le ocurría.

—Alf Mackensen está muerto —dijo.

Ella contestó inesperadamente:

—Lo sé.

—Pues métase esto en la cabeza. Métaselo bien de una vez: a Mackensen lo mató un policía de una bala en el corazón cuando aquel bicho asqueroso acababa de cometer el quinto asesinato de su carrera. Violación y asesinato, podría decir más exactamente. Siempre hacía lo mismo: ultrajaba a sus víctimas y luego las mataba. Además, las escogía entre chicas universitarias, entre empleadas de cierta categoría, entre funcionarios… —Frenó al cruzarse con un camión y añadió—: Los policías ingleses no pueden llevar armas, pero algunos las llevan ahora ya, incluso infringiendo los reglamentos. Se han aficionado a las «Smith & Wesson» de pequeño calibre que pueden guardarse en cualquier bolsillo, y una bala de esa clase fue la que liquidó a Mackensen. El médico certificó la muerte y la familia reclamó el cadáver inmediatamente, evitando incluso que se hiciera la autopsia. Conozco todo ese sucio asunto porque hube de intervenir en él de una forma indirecta. Y ahora, si se ha metido la idea en la cabeza, olvídese de Mackensen de una vez. Está muerto. *Muerto*. No me extraña que la policía la haya tomado por loca.

—Habla usted igual que ellos —dijo rencorosamente Wanda—. Tiene las mismas ideas, los mismos prejuicios estúpidos, como si este mundo consistiera solamente en lo que podemos ver con los ojos y tocar con las manos.

—Pues en eso consiste —dijo Tuc—. Así es exactamente.

Y, de pronto, calló.

Si eso era así, ¿por qué él había visto los ojos de Nancy en otra mujer? ¿Por qué había visto en otro cuello la marca de su cuello? ¿Por qué ahora tenía delante suyo el extraño lunar en forma de estrella, que había caracterizado las pantorrillas de una mujer como Sigrid, una mujer que ya estaba muerta?

Sintiendo que sus dedos volvían a crisparse sobre el volante, musitó:

—¿Sabe que Sigrid está muerta?

—¿Sigrid?

—Sí. ¿No la conocía?

—No —la muchacha había desviado la mirada—. No, no la conocía.

—Pues lleva un pedazo de su piel.

Wanda musitó:

—¿Qué le ocurre? Vuelve a tener la mirada perdida.

—Dígame… ¿De veras no conocía a Sigrid?

—No. Tampoco sé quién era.

Él prefirió no insistir para no ponerla nerviosa. Tenían tiempo. Desde que su jefe, el condenado oriental con quien se había encontrado en Coventry, le dio quince días de permiso, podía permitirse el lujo de perder una hora. Debido a eso, guardó silencio hasta que llegaron a las cercanías de Londres, a través de la red de caminos que circundan el aeropuerto de Heatrow.

—¿Dónde vive?

—Cerca de Holland Park.

—¿En qué sitio concretamente? La dejaré en su casa.

La muchacha se sobresaltó un momento. Pidió, con un hilo de voz:

—No, no me deje allí.

—¿Por qué?

—La policía puede venir a buscarme para llevarme a la clínica mental. Ellos creen que eso es prestarme ayuda. También puede venir a buscarme Mackensen para acabar conmigo.

—¿Aún piensa en Mackensen?

—No puedo evitarlo.

—¿Dónde quiere que la deje entonces? ¿En un hotel?

—No. Lléveme a su apartamento. Usted debe vivir solo.

Tuc seguía sin mirarla.

Susurró:

—¿Cree que va a sentirse segura allí?

—Estoy segura de que en su apartamento nadie me buscará. Y estoy segura también de que allí encontraremos alguna solución entre los dos.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No quiero que esto se transforme en una simple aventura sexual. Me parecería innoble aprovecharme de una pobre mujer asustada.

—¿Sólo pide eso?

—No. También algo más: que me diga dónde conoció a Sigrid.

—De acuerdo, usted gana. Le llevaré allí.

—¿Adónde?

—Hay un sitio en Square Bolton Gardens, un poco más abajo de la estación de Earl's Court. Sigrid lo empleaba y también lo empleo yo.

—¿Para qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿No lo adivina?

—No, no lo adivino.

—La vida es difícil… Una chica que quiere meterse por ciertos caminos, como quería Sigrid, tiene que pasar por algunas pruebas que no tienen a veces nada de agradables. También yo estoy pasando por ellas… todavía.

—¿Sigrid y usted empezaron juntas?

—Sí, y yo continúo queriendo ser alguien. No me resigno a atender toda la vida a gentes estúpidas en una oficina de relaciones públicas, ¿comprende? Por eso he tenido interés en conservar el nido.

—¿El nido?

Ella susurró:

—Si usted me protege durante un tiempo, yo no le engañaré. ¿Trato hecho?

—Claro. Trato hecho.

—Doble por Warwick Road. En seguida encontrará a la izquierda Bolton Gardens Square.

Él asintió. Conocía el sitio. Bajo la noche tranquila de Londres, dejó a un lado el cementerio de Brompton y se introdujo en aquella calle tranquila de la zona de Earl's Court.

Las casas eran bajas, silenciosas y herméticas. Palpitaba aún allí un Londres tradicional que, sin embargo, iba cambiando día a día. Tuc hubo de reconocer que, no obstante, aquellas casas conservaban las apariencias. También las conservaba el estudio en que ella le introdujo, un conjunto de dos habitaciones que tenía muebles antiguos y respetables, pero en cuyo dormitorio cambiaba completamente la decoración. El dormitorio estaba lleno de fotografías atrevidas o más que atrevidas, en las cuales aparecían Wanda, un par de chicas desconocidas más y la propia Sigrid.

Bastaba ver aquellas fotografías para sentir el deseo de hacer exactamente lo mismo.

Pero Tuc Mallory se sentía tan rodeado de muerte que no

experimentó nada. Una incontrolable sensación le hacía pensar que el aire estaba cargado de electricidad; le hacía adivinar presencias inquietantes en cada uno de los ángulos de aquella pieza.

Susurró:

—¿Qué es esto?

—Ya se lo he dicho: el nido.

—¿Lo usa para recibir a gente importante?

—Sí… Gente que por lo general es estúpida, pero que te puede dar un buen contrato o una oportunidad. Sigrid también lo usaba… Lo teníamos en común entre varias chicas que estábamos haciendo el mismo camino. Una de ellas aún soy yo.

—¿Las otras viven?

—Sí. La única muerta es Sigrid. Supongo que usted conoce las circunstancias de su muerte.

—Claro que las conozco…

—Saltó desde un quinto piso en una casa de Notting Hill y se llegó a decir que se había suicidado, pero yo sé que eso no es cierto. Alguien la lanzó desde arriba.

—¿Y quién le trasplantó parte de su piel?

—Yo había sufrido quemaduras, casualmente —dijo Wanda, con voz insegura—. Tenía una pantorrilla medio destrozada. Y si quería llegar a ser alguien, no podía perder de ningún modo la belleza de mis piernas.

—Comprendo.

—Entonces me propusieron un trasplante. Fueron los propios familiares de Sigrid, los cuales sabían lo amigas que éramos. Dijeron que la piel de sus piernas había quedado intacta y podía aprovecharse.

Él hizo un gesto afirmativo.

Por fin tenía la sensación de ir llegando a algún sitio, aunque ese sitio estuviera aún rodeado de tinieblas.

—¿Quién le hizo el trasplante? —preguntó.

—El doctor Baxter.

Fue en busca de la guía telefónica e indagó en ella para encontrar el domicilio de un Baxter que fuera médico. Pero al fin tuvo que suspirar con desaliento, mientras la muchacha movía negativamente la cabeza.

—No lo encontrará —dijo—. No tiene licencia para ejercer.

—Entonces, ¿cómo hizo eso?

—Es un sabio y tiene sus métodos. Yo confié en él y ya ve que el resultado ha sido admirable.

Se quitó la media con la mayor tranquilidad, sin importarle la exhibición que hacía, y mostró la pantorrilla perfectamente lisa, donde no se advertía la menor huella del trasplante. Por descontado, aquello estaba hecho con mano maestra. De no ser por el pequeño lunar, él no lo habría averiguado nunca.

—¿Sabe si Baxter hizo otras cosas? ¿Sabe si trasplantó los ojos y parte de la piel del cuello de una muchacha llamada Nancy?

—No lo sé, pero en cambio estoy segura de que los ojos que llevaba la doctora Manfred no eran suyos. A causa de una rápida enfermedad degenerativa, la doctora Manfred se estaba quedando ciega y alguien la salvó.

—¿Baxter?

—Es posible.

Él hizo crujir los nudillos con un gesto maquinal.

—Dígame dónde vive ese hombre.

—No tiene un domicilio fijo, o mejor dicho, tiene varios. Pero yo le conocí en Tower Bridge Road. Ya sabe dónde está. Lleva desde la Torre de Londres, después de atravesar el Támesis, hasta New Kent Road.

—¿A qué altura vive?

—A la de Tanner Street.

Tuc inclinó la cabeza.

—Voy a verle inmediatamente —dijo.

—No, por favor… No vaya ahora.

En la voz de la muchacha palpitaba una secreta ansiedad. Se había acercado a él.

Estaba trémula y le ofrecía sus labios como si le ofreciera el olvido, la paz, como si le ofreciese una especie de droga que podía resolverlo todo.

—¿Por qué no puedo dejarle ahora? —musitó él.

—Porque tengo miedo…

La muchacha no mentía. En sus ojos volvía a palpitar aquel terror ciego, irracional, que la dominaba cuando casi se abalanzó sobre su coche. Luego se había calmado, pero ahora volvía a sufrir la misma crisis. Tuc le dio un suave cachecito en la mejilla,

mientras susurraba:

—En ese caso le llevaré a mi apartamento. Estará más segura allí.

—No…, no nos vamos ahora. Me siento tranquila aquí, estando contigo. ¿Por qué no le buscas mañana? Después de todo, Baxter no va a huir. Ni siquiera sabe que alguien está interesado por él.

La voz de la muchacha seguía siendo trémula.

El miedo seguía asomando a sus ojos.

Y sus labios seguían estando cerca, demasiado cerca.

Tuc se los encontró casi sin querer, cuando volvía la cabeza. Notó su contacto cálido y al mismo tiempo jugoso, fresco, suave.

Él no era de roca.

No, qué diablos.

Susurró:

—Está bien. Si quieres vivir como un rey, deja para mañana todo lo que puedas hacer hoy.

¿Quién diablos se acordaba de las muertas…?

CAPÍTULO VIII

Tuc Mallory se despertó con la sensación extraña de que algo marchaba mal. Notaba un picor molesto en la nariz y en las vías respiratorias, como el que se siente cuando a uno le aplican cloroformo. Pero no podía haber sido cloroformo puro, porque en ese caso se sentiría más molesto aún. Tenía que ser un derivado algo más suave. Pero eso… ¿qué significaba?

Tuc pensaba en todo ello mientras recobraba poco a poco la noción del tiempo y del espacio. Acababa de despertar de un profundo sueño, uno de esos que a uno le dejan sumido en lo que parece ser el reino de las sombras. Todo era extraño en torno suyo.

Todo, desde el aire hasta la cama, desde el silencio hasta la luz de la luna entrando por la ventana…

Poco a poco se fue recuperando.

Ahora estaba completamente seguro de que le habían dado a oler algún anestésico mientras dormía.

Frotándose los ojos para poder recuperarse, recordó lo sucedido antes de yacer en aquella cama. Recordó el beso de Wanda, su mirada prometedora. Recordó el silencio que les envolvía a los dos y que parecía invitarles a todas las complicaciones.

Miró la ventana por la que entraba la luz de la luna.

Debían ser las cuatro de la madrugada, a juzgar por la posición del astro. Tuc había aprendido a calcular las horas así, antes de realizar misiones solitarias. Hundió la cabeza en la almohada, porque se sentía muy cansado, y, por un momento, le acometió una terrible indiferencia. «Aún sufres los efectos del anestésico —pensó—. Tienes que recuperarte… Tienes que recuperarte…». Tocó el cuerpo de la muchacha.

Seguía descansando junto a él, bajo las sábanas. Estaba caliente.

¿Caliente?

Sí, eso era lo normal. Pero, sin embargo, una lucecita se

encendió y se apagó en el cerebro de Tuc. Algo que no podía comprender aún, le dio la señal de alarma. Todos sus sentidos se pusieron en tensión sin que en el primer instante supiera por qué.

Hubo de transcurrir casi un largo minuto para que lo comprendiera.

Lo que tocaba no era solamente la piel, con el calor normal que la piel tiene. Lo que tocaba era… ¡era sangre!

Los efectos del somnífero desaparecieron inmediatamente. Los músculos reaccionaron, como habían reaccionado en otras ocasiones de peligro. Las manos volvieron a buscar el cuerpo de Wanda mientras los ojos desencajados se clavaban en él.

Y entonces Tuc Mallory se hundió en el fondo de aquel horror.

Entonces supo lo que es sentir el miedo hasta el fondo mismo de los huesos.

Porque lo que tenía a su lado era… ¡era una mujer decapitada! ¡Era solamente un tronco sin cabeza!

CAPÍTULO IX

De todas las sensaciones de horror que había vivido Tuc Mallory en los últimos días, ésta fue la peor. Ni siquiera en la penumbra de la Sala Oblonga había tenido el *shock* espantoso que ahora tuvo. Cuando vio que su cuerpo no estaba manchado de sangre, excepto la mano derecha, sintió alivio. De una forma maquinal, como si él mismo se hubiera convertido en un fantasma, fue al cuarto de baño contiguo y puso la mano bajo el grifo. La sensación de algo inexplicable le dominaba de tal manera, que era incapaz de realizar los gestos habituales. Actuaba como un sonámbulo y realizando sólo movimientos dispersos, igual que un autómata.

Sabía que el crimen había sido cometido muy pocos minutos antes, puesto que la sangre aún brotaba de la espantosa herida en el cuello.

Sabía que él también estaba en peligro.

Incluso era inexplicable que no le hubiesen liquidado ya.

Y sin embargo… ¡no hacía ningún gesto de defensa! ¡No se preparaba! ¡Hubieran podido acabar con él, casi sin que se diera cuenta!

Por fin puso también la cabeza bajo el grifo y reaccionó. La habitación, según pudo ver a través de la puerta, se estaba cubriendo de sangre. Se miró en el espejo y vio con sorpresa, como si lo descubriera ahora repentinamente, que no llevaba nada encima.

Volvió a la habitación y recogió sus ropas para que no se mancharan de sangre, vistiéndose con los mismos gestos que parecían dignos de un autómata.

No sabía que era peor, si el *shock* moral que había sufrido o los efectos del somnífero que aún subsistían. Pero sabía que si en este momento le atacaba alguien, le iba a ser muy difícil defenderse.

Y sin embargo…, ¡el monstruoso asesino aún tenía que estar allí!

¡Quizá en este momento le miraba desde la otra habitación!

Tuc avanzó tambaleándose.

Encendió la luz.

Y entonces lo vio.

Entonces su cuerpo fue sacudido nuevamente por aquel estremecimiento de horror.

—¿Buscabas esto? —preguntó suavemente la voz—. ¿Buscabas esto, Tuc Mallory…?

* * *

Tuc se sintió dominado un momento por la sensación de que todo daba vueltas en torno suyo. Vio algo parecido a lo que había visto en la Sala Oblonga, pero ahora más horrible aún, si es que el nivel de horror que entonces experimentó podía ser sobrepasado. Porque la cabeza de Wanda estaba en una de las butacas, pero a su lado estaba el hombre que la había cortado. Estaba el monstruo en cuya existencia Tuc no quería creer. Estaba nada menos que Alf Mackensen…

Tuc hizo un gesto brusco con la cabeza.

Necesitaba liberarse de aquella impresión de borrachera que le dominaba. Por todos los infiernos… Alf Mackensen estaba muerto.

—A ti te liquidaron —balbució—. Te liquidó de un balazo en el corazón, un policía que llevaba una «Smith & Wesson». El médico certificó la muerte y los periódicos publicaron la foto de un cadáver. ¿Cómo es posible que ahora…?

No logró terminar la frase.

El hombre que le miraba desde el otro lado de la habitación emitió un risita silenciosa.

—¿No es posible qué? —dijo—. ¿Qué…?

—Estoy seguro de que no me confundo porque llegué a verte bien —susurró Tuc—. Tú eres el propio Mackensen. No uno que se parece simplemente a él. ¡Eres el propio Mackensen! Pero entonces, ¿cómo has podido volver del otro mundo? ¿En qué clase de infierno estoy metido?

Porque ésa era la sensación que dominaba ahora a Tuc: la de haber penetrado en el reino del Más Allá, donde nada tenía lógica.

Mientras tanto sus fuerzas seguían fallando.

Tenían que haberle hecho aspirar un somnífero muy fuerte, para no haberse dado cuenta de que a su lado mataban a Wanda. Y los efectos de ese somnífero aún continuaban, porque cada vez que intentaba mover un pie le parecía como si a su extremo tuviera una bola de plomo. Cada vez que movía un brazo, le parecía estar levantando una pesa.

Mackensen rió otra vez, silenciosamente.

Iba bien vestido, mucho mejor vestido que cuando cometió sus repugnantes crímenes en los solitarios parques de Londres. Incluso no le faltaba una corbata de seda italiana.

Pero los ojos de Tuc no se fijaron demasiado tiempo en esos detalles, sino que acabaron posándose en el enorme cuchillo de carnicero que empuñaba Mackensen. El cuchillo tenía una punta muy aguda, una hoja muy afilada por un lado y una fina sierra por el otro lado.

Aquella sierra había permitido cortar las vértebras cervicales de Wanda.

Lo movía suavemente.

Aún estaba tinto en sangre.

Tuc se dio cuenta de que en aquel arma estaba su muerte, si no reaccionaba a tiempo.

Comprendió que quizá muy pronto su cabeza acabaría como la de la muchacha.

Saltó mientras movía sus poderosos puños, pero esta vez falló totalmente. Los músculos no parecían suyos. Mackensen —si es que era realmente Mackensen y no una encarnación del diablo— le esquivó con facilidad.

Y hundió aquel cuchillo en la pierna izquierda de Tuc.

Éste lanzó un gemido.

Sintió que el dolor llegaba hasta su cerebro en una brusca oleada. Volvió a tener la impresión de que la habitación entera daba vueltas.

Mackensen desclavó el enorme cuchillo. Y fue a clavarlo de nuevo, puesto que la herida había sido más dolorosa que grave. Tuc Mallory aún no estaba vencido.

Pero el joven pudo reaccionar, ahora. Disparó su puño derecho y esta vez acertó. La cara de su enemigo sufrió una brutal sacudida al

recibir el impacto.

Tuc quiso atacar de nuevo.

Estaba seguro de poder aniquilar a aquel maldito si le alcanzaba otra vez. Apoyó, al querer avanzar, el peso de su cuerpo en la pierna herida. No se dio cuenta de lo que hacía.

Todo su cuerpo basculó. Ya no pudo apoyarse en ningún sitio. Mejor dicho… Hubiera podido apoyarse en uno… ¡pero era el asiento en que se encontraba la cabeza cortada de Wanda!

Sus manos se detuvieron cuando iban a situarse allí. Su cuerpo rodó, silenciosamente, por el suelo.

Mackensen avanzó suavemente.

Ya lo tenía.

No necesitaba precipitarse para acabar con Tuc, que era una víctima fácil. Herido como estaba, no podría saltar ni esquivar la próxima cuchillada.

Tuc también lo sabía.

Al mirarse a sí mismo, se dio cuenta de que estaba mirando su propio cadáver.

El cuchillo avanzó lentamente.

El asesino se recreaba en el golpe mortal…

Pero la hoja de acero no llegó a penetrar por segunda vez en el cuerpo de Tuc Mallory.

De repente ocurrió algo inexplicable, algo a lo que en el primer momento no supo encontrar sentido: Mackensen se detuvo. Sus ojos estaban perdidos en un punto imprecisable de la habitación. La mano con la que ya había degollado a una mujer, tembló en el aire.

Y se detuvo.

Poco a poco se fue retirando, mientras Tuc, incapaz de moverse, le miraba con asombro. La cabeza de Mackensen oscilaba como la de un caballo que tasca el freno.

Retrocedió de espaldas hasta la puerta y desapareció.

Tuc Mallory se sujetó con ambas manos los bordes de la herida, por los que manaba abundante sangre. Luego avanzó como pudo hacia el teléfono.

Pero no lo descolgó.

En el último instante se detuvo.

Si le relacionaban con las anteriores muertes, iba a sufrir tantos interrogatorios y tantas coacciones, que perdería toda su libertad de

acción. Y sin poder moverse con libertad, nunca averiguaría lo que hay detrás de aquel infierno.

De modo qué no descolgó.

Durante unos instantes que le parecieron eternos, miró el cadáver que tenía entre los ojos, mientras sentía el fluir de su propia sangre.

Al fin comprendió que no podría salir de allí por sus propios medios. Se estaba desangrando y llamaría la atención. Marcó entonces un número clave que sólo conocían algunos agentes del Intelligence Service.

Le contestó una voz femenina.

—Anouk… —pidió—. Ven pronto, por favor, Anouk… Anota esta dirección. Pero ven en seguida, antes de que pierda toda mi sangre. Ven en seguida…

Dio las señas con voz vacilante y perdió el conocimiento. Ni siquiera se había acordado de hacerse un torniquete en la pierna, para evitar la hemorragia. Definitivamente, no podía decirse que el muy maldito estuviera en su mejor forma…

CAPÍTULO X

Por si no estuviera bastante flojo, la exhibición de piernas que le hizo Anouk al inclinarse ante él y examinarle la herida, habría bastado para terminar de marearle.

Además, sabía adornar sus piernas bien, la muy condenada. Lo primero que distinguió Tuc al recobrar el conocimiento fue aquella visión fascinante, pero cerró los ojos porque sólo le faltaba eso: marearse ante una señora. Además, no estaba lo que se dice en buenas relaciones con Anouk Sullivan.

—He llamado a tu hermano —balbució—. ¿Dónde está? ¿Por qué has venido tú?

—Me has llamado a mí —dijo tranquilamente Anouk, sin impresionarse ante la sangre.

—Eres tú quien se ha puesto al teléfono, pero yo quiero hablar a tu hermano. ¿Dónde está?

—Estoy aquí —dijo entonces una voz opaca, desde el otro lado de la habitación—. Si ha venido también Anouk, es porque has mencionado la sangre. Ya sabes que ella es médico.

Y dejó de preocuparse por él, mientras hurgaba en la habitación. Nada de lo ocurrido allí parecía impresionarle. Diríase que aceptaba los horrores, con la misma naturalidad con que un jugador de rugby acepta los placajes del contrario.

Tuc lanzó un gemido de dolor.

Aquella maldita Anouk estaba trabajando sin consideraciones.

Pero le había contenido la hemorragia, que era lo importante. Tuc, con toda su pernera del pantalón abierta de arriba abajo, se pudo, al fin, sentar en la alfombra.

Michael, el hermano de Anouk, lo revisaba todo atentamente.

No perecía demasiado impresionado por lo que veía.

Al fin miró a su joven hermana.

Michael era algo afeminado, cosa que no trataba de ocultar. Era,

en cambio, un observador habilísimo y un tipo especializado en sembrar pistas falsas que desorientaban a cualquiera. Si Tuc deseaba que la policía no le atrapase, tenía por fuerza que acudir a él.

Claro que más agradecido tenía que estarle a su hermana Anouk. Sin ella, hubiesen tenido que llamar a un médico que quizá se hubiese ido, al fin, de la lengua.

Anouk se había sentado en una de las butacas.

No se preocupaba de la postura. La exhibición que hacía, mientras fumaba descuidadamente, era realmente fascinadora.

Michael susurró:

—Cúbrete las piernas. Las mujeres sois descuidaaaadas y asqueroooosas.

Anouk no le hizo el menor caso.

—¿Cómo te encuentras, Tuc?

—Algo mejor.

—No me extraña, porque te he puesto un tónico de caballo. Y ahora, ¿puedes contarnos qué ha ocurrido?

Tuc hizo un esfuerzo para recuperar del todo la serenidad. Con voz insegura dijo:

—Ante todo, esto no tiene nada que ver con el Intelligence Service. No es una misión que me hayan encomendado. Se trata de un asunto personal.

—Entonces, ¿nos pides nuestra ayuda como amigos y no como funcionarios del Intelligence?

—Así es. Necesitaba que tú sembraras unas cuantas pistas falsas, Michael, porque la policía puede perseguirme.

—No te preocupes: ya están sembradas. Por una serie de detalles que he preparado, la policía creerá que éste ha sido el típico crimen de un maníaco sexual.

Y encendió un cigarrillo con gestos animados, como si en el fondo el asunto le gustase.

Luego susurró:

—Lástima que sea un asunto sexual de mujeeeeres. Un sucio asunto de goooolfas.

—No lo es. Esa chica, a su modo, era honesta. Bueno… Quizá no fuera honesta, pero tampoco era una golfa. Resulta difícil de precisar.

—Claro. Cuando uno se mete en líos de mujeres, no puede precisar nada nunca.

Tuc ya estaba habituado al modo de pensar y hablar de Michael, de modo que no se inmutó.

—También te necesito como detective —dijo—. Tú eres un especialista del Intelligence Service, pero, al mismo tiempo, ejerces como detective privado en Londres. En las próximas veinticuatro horas habrás que encontrar una serie de datos que de otro modo se perderán para siempre. Me temo que yo no podré hacerlo, de modo que para eso tengo que confiar en ti.

—Mal hecho. Pero de todos modos, explícate.

Tuc Mallory, quien sabía que ahora le convenía la quietud, se dedicó a hablar sin mover para nada la pierna herida. Lo contó todo, desde el momento en que vio los ojos de Nancy en la cara de otra mujer hasta el instante en que tuvo la sensación de lo irremediable: la sensación de que el cuchillo de Mackensen iba a penetrar en su carne por última vez.

Lo mismo Michael que Anouk le escuchaban en silencio.

Pero Anouk no estaba tranquila. Se notaba eso, en el detalle de que acababa de cubrir sus piernas con cierta timidez.

Michael susurró:

—Vamos a ver… ¿Podríamos concretar algo en todo esto?

—Intentémoslo —dijo Tuc—. De verdad lo necesito, porque tengo la sensación de que estoy viviendo en un mundo sin sentido, de que estoy viviendo en el infierno.

—Entonces vamos con el primer punto. Nancy pudo morir asesinada. Supongamos que la atropellaron intencionadamente.

—Sí. Ahora comprendo que eso es muy posible.

—La misma noche en que fue sepultada, alguien se hizo con el cadáver.

—No —gruñó Tuc—. Los ojos ya no hubieran servido para un trasplante.

—Pues entonces es más sencillo. No necesitaron llevarse el cadáver. En la propia sala de autopsias, unos minutos después de la muerte, le extrajeron los ojos. Al bajarle y arreglarle los párpados, no se notó. También pudieron extraerle una zona de la piel del cuello.

Supongo que ella, al amortajarla, llevaría un vestido cerrado

hasta la garganta.

—Sí —dijo Tuc, sombríamente.

Anouk envió por los aires, con una elegante parábola, el cigarrillo que estaba fumando.

—Comprendo que te moleste hablar de esto —dijo—. Tú la amabas.

Parecía como si con aquellas palabras acusase al hombre, y él lo notó. Hizo un gesto tenso.

Pero el que no lo notó fue Michael. Siguió como si tal cosa.

—En resumen —dijo—, podríamos encontrarnos ante el caso de dos trasplantes, hoy ya muy normales, según la ciencia, pero en los que los órganos fueron obtenidos de una manera ilegal. No creas que eso es tan extraño. Quién sabe cómo han sido obtenidos los órganos empleados en trasplantes realizados por médicos que hoy tienen fama en el mundo entero.

Tuc asintió, en silencio.

—Vayamos con el segundo asunto —dijo Michael, con su habitual suavidad—. Las beneficiarías de los trasplantes fueron dos hermanas: las hermanas Manfred. ¿Por qué las asesinaron de una manera tan salvaje?

—¿Crees que lo sé? —musitó él—. Si lo supiera, ya estaría resuelto casi todo.

—De acuerdo. Vayamos al tercer aspecto; esta chica que ha sido asesinada aquí.

¿Cómo se llamaba?

—Wanda.

—Dices que te había seguido porque buscaba protección, ¿no? ¿Quién quería matarla?

—Alf Mackensen. Pero Alf Mackensen había sido muerto por la policía, hace tiempo. Ésa era la razón de que Scotland Yard no la tomara en serio.

Michael continuó:

—A ella le habían aplicado piel de una muchacha llamada Sigrid, ¿verdad? Tú tuviste relaciones con ella.

—Sí.

Rechinaron un momento los dientes de Anouk.

Pero nada más.

Michael la miraba.

—¡Pero qué cosas más estúpidas tenéis las mujeres guarras! —murmuró—. Olvídalo, Anouk. Sigue, Tuc.

—Eres tú el que piensa en estos momentos, Michael. Yo casi no puedo ni respirar. Sólo te diré que Sigrid saltó hacia el asfalto desde gran altura y se mató, de modo que nos encontramos ante un nuevo e inexplicable crimen: un crimen que, oficialmente, fue un suicidio.

Michael asintió con la cabeza.

—Y ahora a esta muchacha la han liquidado de la forma más sanguinaria que he visto en muchos años. ¿Por qué?

—Si yo lo supiera, estaría todo arreglado, Michael. Pero al menos sé quién lo hizo.

—¿Mackensen?

—Sí.

—¿Estás seguro de que era él?

—¡Diablos, lo he tenido a menos de un paso! ¡Ha estado a punto de degollarme a mí también!

—Mackensen murió.

—¿Crees que no lo sé? ¡Precisamente es esto lo que me vuelve loco!

Michael se puso en pie y anduvo unos pasos por la estancia. No se inmutó. Lo único que parecía preocuparle era que sus calcetines, de una llamativa seda virgen, no se manchasen.

—Supongamos que Mackensen fue devuelto a la vida —dijo—. Sus familiares reclamaron el cadáver inmediatamente después de la muerte, ¿verdad?

—En efecto. Ni siquiera consintieron que se le hiciese la autopsia.

—Entonces ellos tienen parte de la clave del asunto. Hay que encontrarlos como sea. Es evidente que entregaron el cadáver a alguien.

—¿Alguien que lo hizo revivir?

—Desde un punto de vista médico, no es tan absurdo —dijo Anouk, interviniendo en el diálogo por primera vez—. Cosas que parecían pura fantasía hace dos años tan sólo, son ahora realidades. Por ejemplo, ya hace muchos lustros que se puede suturar un corazón agujereado por una bala. Y que incluso se puede extraer un proyectil del endocardio.

—Sí. De eso hemos oído hablar todos.

—Imagina que un experto cirujano lo hiciera —continuó Anouk —. Imagina que dejara el corazón en condiciones de latir de nuevo y luego lo reanimara por medio de corrientes eléctricas. Imagina que desde los primeros momentos hubiese mantenido el riego sanguíneo empleando una bomba. Lo que ha dado en llamarse un *corazón artificial*.

Tuc asintió en silencio, mientras volvía a sujetarse la pierna herida, que le dolía terriblemente.

Ella continuó:

—En realidad, no es tan difícil pensar así en un cuerpo vuelto a la vida. Luego tardaría más de un año en rehacerse, pero lo auténticamente complicado ya estaría hecho.

—Menos una cosa —dijo Tuc.

—¿Cuál?

—El cerebro. El riego de sangre al cerebro habría faltado durante demasiado tiempo. La persona surgida de ese monstruoso experimento, sería un loco o, al menos, un anormal.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Michael.

Los labios de Tuc temblaron un instante.

—Entonces, ¿hay un monstruo en las calles de Londres? — balbució.

—Tú mismo lo has visto. Y tú mismo tienes delante a una de sus víctimas. ¿Aún vas a dudarlo?

—Lo extraño es que no te matara a ti —musitó Michael.

—Iba a hacerlo.

—Lo lógico es que te hubiera liquidado al principio. Podías resultar muy peligroso.

—Sí. Desde luego, es extraño que se ocupara de la muchacha y no de mí.

—Tuvo oportunidades para liquidarte cuando estabas en el cuarto de baño, todavía bajo el efecto del somnífero. Nuevas oportunidades cuando te vestías. En realidad puede decirse que sólo te atacó cuando le descubriste, y aun así, se detuvo en el último instante. ¿Por qué?

Tuc meneó la cabeza pesarosamente.

—No lo sé, Michael —dijo—. No lo sé… Ni siquiera puedo imaginarlo.

—A lo mejor ése es de los míos.

—¿Los tuyos?

—Sí. Que se mueran todas las mujeres y que vivan todos los hombres.

Anouk hizo un gesto de fastidio.

—Cállate de una vez. No sé ni cómo vivo contigo.

—Porque te sale más barato. Así no tienes que pagar alquiler, so fresca.

Y se sacó brillo a uno de los anillos que llevaba en la izquierda. Tuc susurró:

—Supongo que será muy difícil encontrar a Mackensen, pero en cambio puede hacer una cosa fácil: dar con los familiares que entregaron a *alguien* su cadáver hace tiempo.

—Eso es justamente lo que pienso hacer —aseguró Michael—. Va a ser el primer paso, un primer paso que puede llevarnos muy lejos.

—Otra cosa absolutamente necesaria —dijo Tuc— consistirá en buscarme un buen escondite. No conviene que ninguna persona de las que me conocen, me vea herido porque la policía podría empezar a atar cabos. Tiene que ser un sitio, además, donde pueda recibir asistencia médica.

—Anouk te proporcionará eso. Ella misma puede curarte, porque, a pesar de ser una mujer, es un aceptable médico.

Anouk prefirió callarse.

Tuc susurró:

—¿Crees que tardaré mucho en volver a andar?

—Al menos dos semanas.

—¡Imposible!

—Pues si estás impaciente, cómprate una silla de ruedas.

Tuc Mallory se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Estaba más nervioso que en cualquier otro momento de su vida. Pero comprendió que ella tenía razón y que sería inútil oponerse a la lógica implacable de las cosas.

Michael miraba en torno suyo con gesto crítico, arrugando levemente la nariz, como si todo aquello no le gustase.

—¿Dices que aquí vivía también Sigrid? —musitó—. ¿No te explicó esa pobre chica, Wanda, quién le hizo el trasplante de piel?

—No. La verdad es que no quise forzar las cosas, pero me lo hubiera explicado más tarde.

—¿No forzaste las cosas? —preguntó desdeñosamente Anouk—. Algunas yo creo que sí.

Y miró hacia el dormitorio.

Michael alzó una mano. Era aquel ambiente de sensualidad lo que le molestaba, ahora lo comprendieron todos. La muerte lo había borrado en parte, pero aún subsistía aquella atmósfera especial de lugar donde hombres y mujeres se reúnen. El detective arrugó la nariz con fastidio.

—¿De modo que Sigrid y Wanda recibían visitas, aquí? —preguntó—. ¿De modo que éste era un sitio de mujeres?

Tuc hundió la cabeza.

Le molestaba hablar de aquello, esa era la verdad.

Pero formaba parte de la investigación, de modo que dijo, con apenas un hilo de voz:

—Sí.

Michael alzó las dos manos, mientras gruñía:

—¡Qué asco!

CAPÍTULO XI

Puesto que Tuc Mallory estaba inutilizado, de momento, fue Michael quien se encargó de hacer un par de investigaciones que resultaban inmediatas: visitar a los familiares de Mackensen, que habían reclamado su cadáver sin esperar a que se hiciera la autopsia, y registrar la habitación donde había muerto Wanda.

Ésta era la tarea a la que había que dedicarse en primer lugar.

Muy posiblemente, unas horas más tarde, la muchacha ya sería echada en falta y alguien vendría a su domicilio o al menos llamaría por teléfono. De modo que Michael se llevó todo lo que consideró de interés para examinarlo con más calma en su despacho, y luego revisó una a una las pistas falsas que había dejado para desorientar a la policía.

Cuando estuvo satisfecho de su trabajo, salió de allí. Nadie advirtió su salida, como tampoco su llegada. En cuanto a Tuc Mallory, después de serle cambiado el vendaje había salido en compañía de Anouk al departamento de ésta, donde podría atenderle mientras durase la gravedad de su herida.

Horas después, a la tarde siguiente, Tuc Mallory ya se sentía bastante mejor, aunque la fiebre no había remitido. Estaba tomando un calmante y procurando que sus propios pensamientos no le volvieran loco, cuando sonó el teléfono.

La propia Anouk le entregó el auricular.

—Es para ti.

—Aquí no puede llamarme más que Michael. Es él, ¿verdad?

—Sí.

Tuc captó la voz del detective, quien parecía mucho más animado que la noche anterior. Tras preguntarle cómo se encontraba, le dijo que las cosas empezaban a ponerse bien definitivamente.

—Tengo una pista, Tuc.

—¿Una pista? Pero ¿has podido encontrar en todo este lío algo que tenga sentido, algo que sea sólido?

—Sí, una cosa.

—¿Cuál es?

—Más vale que la veas tú mismo. Es algo que entra por los ojos.

—¿Algo que entra por los ojos? ¿Quieres que acabe de volverme loco? ¡Desde que me metí en este lío, no me he encontrado con nada que tenga pies ni cabeza! ¡Y que entre por los ojos, muchísimo menos!

—Pues esto está muy claro. No sé qué importancia darle, pero al menos se ve a la primera ojeada y encima es algo que se refiere a ti.

Tuc por poco muerde el auricular.

—¡Habla claro de una vez, maldita sea! ¡Es imposible que hayas encontrado algo que se refiera a mí!

—Ya te convencerás en cuanto lo veas. Estaré allí dentro de un par de horas.

—¿Por qué no antes?

—Quiero averiguar lo que ha ocurrido con la familia de Mackensen. Ellos podrán explicarme lo que ocurrió con el cadáver una vez lo reclamaron, ¿entiendes? Y eso es más urgente que hablar contigo.

—Lo más urgente, en este momento, es que me saques de esta especie de pozo en que estoy metido. ¿No puedo al menos saber dónde has encontrado eso que entra por los ojos y que se refiere a mí?

—Pues en el piso de Wanda, naturalmente… Bueno, he dicho *piso*, pero no es cierto. Me refiero a aquella especie de sucio lupanar que tenía con Sigrid. Ya sabes que me llevé unas cuantas ropas para examinarlas con calma.

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, pues estaba allí. Y ahora déjame en paz. Todavía tengo que ir a ver a la familia de Mackensen.

Y colgó.

* * *

Una suave sonrisa flotaba en los labios de Michael, mientras

terminaba de depositar el auricular en la horquilla.

Paseó una mirada por el despacho.

Encendió un cigarrillo con gesto satisfecho.

En fin, podía sentirse orgulloso de su instinto. La cosa no había sido tan difícil como él temió. No sabía adónde podía conducirle aquella prueba, pero que entraba por los ojos, era cierto. Y había en ella otras cosas, además. Otras cosas que entraban por los ojos también.

Expulsó el humo con un gesto lleno de femenina complacencia, mientras sacaba lustre a uno de sus anillos. Miró hacia el lado penumbroso donde tenía su solemne biblioteca.

Y entonces distinguió aquello.

Algo que también… entraba por los ojos.

Aquel rostro…

Las facciones que ya le habían llamado la atención poco antes y que ahora estaban ante él. Quietas, hieráticas, como las de una momia… Pero una momia tan especial, tan *distinta*… Y aquellos ojos que estaban clavados en los suyos eran tan especiales, tan…

Los pensamientos de Michael se nublaron.

La sangre se agolpaba en su cerebro y le impedía reflexionar.

Sin embargo, en el fondo, aquello no tenía nada de anormal. Aquello, después de todo, podía explicarse. Intentando sonreír, Michael preguntó:

—¿Por dónde ha entrado?

—La puerta estaba abierta.

—Ah, ya… Claro… Yo siempre la dejo abierta, porque mis clientes son de confianza. Perdone… Siéntese, por favor.

Aquellos ojos quietos como los de una momia, seguían fijos en él.

Michael sentía frío en su sangre.

—Gracias.

—¿Usted venía a…?

—Quiero hablarle de Wanda.

Él intentó sonreír de nuevo. Se sentía acorralado. Notaba que la luz de aquellos ojos entraba en él como un veneno y le adormecía los nervios, impidiéndole reaccionar.

—No conozco a ninguna Wanda —dijo—. Me temo que sufre un error. Sin duda busca a otro detective privado.

—No. Es usted. Seguro que es usted.

Michael sintió entonces que aquel miedo sutil, aquel miedo que le había envenenado la sangre penetraba ya hasta sus huesos. Sus pensamientos paralizados volvieron a funcionar, aunque en un solo sentido. Estaba claro que si aquel rostro que *él había visto antes* se encontraba allí, era porque la decisión estaba tomada. Era porque él tenía que morir. Tendió las manos hacia el borde de la mesa mientras intentaba sujetarse a él fabrilmente.

La voz preguntó ominosamente:

—¿Qué le pasa?

—Perdone. Me encuentro mal.

—¿Adónde va?

—Es que…

Michael, al ponerse en pie, había llevado incluso una mano a su boca. Su gesto era el típico del que tiene el estómago revuelto, aunque no era cierto. Lo que intentaba era huir. Avanzó maquinalmente hacia la puerta del cuarto de baño, que estaba casi pegada a la puerta exterior, la que daba a la escalera.

Pero no llegó hasta allí.

La mano había caído sobre él.

Michael hizo una pirueta extraña. Intentó desasirse y resultó que sus propios esfuerzos lo enviaron al aire. No sabía si aquello era judo ni qué diablos era. Tampoco tuvo tiempo de pensarlo. De pronto, una fuerza que parecía venir del propio aire, que parecía estar en todas partes, le empujó. Vio que la ventana que daba al patio interior se acercaba a él inexorablemente.

No pudo ni gritar.

La voz se le había quedado agarrotada en la garganta.

Puso las manos por delante intentando evitar lo que ya era inevitable, pero la ventana siguió acercándose a él. Cada esfuerzo que hacía se transformaba en contra suya. Lanzó un estertor mientras su cabeza chocaba contra los cristales. Fue todo lo que pudo hacer.

Y se precipitó al vacío.

CAPÍTULO XII

Cuando al cabo de tres horas, Michael aún no había llamado, Tuc Mallory comprendió que allí estaba ocurriendo algo sin sentido. Puesto que Anouk no se hallaba en el apartamento, decidió salir, en el caso de que su hermano no contestara al teléfono. Marcó el número del despacho del detective y esperó largo rato. Oyó los timbrazos lentos, insistentes, en un local vacío. Dejó transcurrir así un par de minutos mientras unas líneas de preocupación se marcaban en su boca. Al fin, colgó.

Fue pesadamente hacia el *living*, donde había una serie de viejos bastones que en otro tiempo pertenecieron al padre de Anouk. Buscó uno lo bastante sólido para poder apoyarse en él con todo su peso y luego tomó un *whisky* doble. Lo necesitaba para vencer la fiebre que le estaba dejando sin fuerzas. Hecho esto, examinó sus ropas. Anouk le había traído por la mañana un pullover ligero y unos pantalones nuevos para sustituir los de la víspera, que estaban destrozados y manchados de sangre. Vio que tenía un aspecto relativamente presentable y se decidió a salir.

Tomó un taxi y se hizo conducir al despacho de Michael. Subió hasta él, mientras sentía unos pinchazos cada vez más insistentes en la pierna.

Entró.

Todo estaba vacío, pero no daba sensación de desorden. De no ser por la ventana rota, todo habría tenido el aspecto monótono de cualquier otro día. Pero la ventana rota fue para Tuc como un aldabonazo que resonó hasta el fondo de su cráneo.

Se acercó. Los nervios le pinchaban de tal modo, que le producían escalofríos bajo la piel. Aquella ventana era la esquela de defunción de Michael. Por la forma de estar rota, no cabía duda de que un cuerpo humano había pasado violentamente a través de ella.

Tuc miró hacia abajo.

De una forma maquinal, casi cerró los ojos para no ver en el fondo del patio el cuerpo destrozado de Michael.

Luego los abrió de golpe.

¿Cuerpo destrozado?

¿Qué cuerpo?

¿Y qué infiernos era lo que estaba ocurriendo allí?

¡Abajo no había nada!

El patio vecinal, al que daban otras oficinas, estaba vacío. El silencio pesaba en él como una losa. Ni una mancha de sangre, ni la huella de un impacto, ni siquiera algún jirón destrozado de ropa. Nada…

Una fina lluvia caía sobre el asfalto que formaba el suelo de aquel patio, pero aun así, no hubiera podido borrar la sangre. Tuc había visto a bastantes hombres caer desde una altura semejante (incluso a alguno lo había *ayudado* él, durante peleas a muerte) y sabía que en estos casos se produce una carnicería más que notable. La mancha de sangre suele ser espectacular y cuesta mucho tiempo borrarla. ¿Cómo había podido desaparecer la que marcaba la muerte de Michael? Y sobre todo, ¿cómo había podido evaporarse su cadáver?

Miró de nuevo en torno suyo.

Se sentía desconcertado por completo.

No podía decir si faltaba algo en el despacho, pues aunque todo estaba en orden podían haber hecho un registro cuidadoso, dejándolo todo tal como lo encontraron. Pero alguien tenía que haber oído la caída, porque en aquellas oficinas solía haber gente. De modo que descendió cojeando hasta la planta inferior.

Allí trabajaba con su lupa un experto en sellos que vendía a coleccionistas muy escogidos. Se hallaba examinando un raro ejemplar de Bahrein cuando Tuc entró después de llamar varias veces. El fulano no le había oído, lo cual indicaba que era sordo como una tapia.

Pero trabajaba junto a la ventana, y al menos vista no le faltaba. Por fuerza tenía que haber visto caer a Michael, si es que éste había caído realmente.

Tuc murmuró:

—Vengo de ver al detective de arriba.

—Ah… ¿Usted también es de ésos?

—No.

—Pues entonces se habrá asustado. A ese tipo, en cuando le dejan hablar media hora, se destapa. Y a propósito, ¿qué viene a buscar aquí? ¿Es usted coleccionista de sellos?

—No, no… Es que el detective no está. ¿No le ha visto usted salir? ¿No le ha dejado ningún recado?

—¿Y por qué había de dejármelo? Ese hombre siempre ha trabajado solo. No se relaciona con la gente. A veces, gracias a Dios, paso hasta dos semanas sin verlo.

—Es que he visto que tiene la ventana rota —dijo Tuc—. No se habrá caído, ¿eh?

—¿Caerse? ¿Por qué piensa eso?

—No sé… Es una idea.

El filatélico se acercó a la ventana aún más y miró al fondo del patio. Luego se encogió de hombros y dejó caer la lupa sobre la mesa.

—Si se hubiese caído estaría ahí… Nadie entra en el patio. Hace una hora o quizá algo más, me ha parecido oír un ruido y hasta he mirado abajo, pero no había nada. No, no… Seguro que ese corrompido no ha podido caerse.

—¿Ha oído arriba rumor de lucha?

—También me ha parecido oír algún ruido, ésa es la verdad. Y ahora que lo dice… Sí, incluso me ha parecido como si se rompiera una ventana. Pero su amigo no se ha caído.

Es imposible. Bueno… A menos que vuele…

Tuc Mallory ni afirmó ni negó. Ya no estaba seguro de nada. Después de lo que había visto, hasta las cosas más extrañas le parecían posibles. Dominó con una sonrisa el dolor de su pierna herida, que se hacía cada vez más insistente, y preguntó:

—¿Trabajan en las otras oficinas? ¿Hay gente?

—Sí, pero las ventanas de este lado dan a las habitaciones auxiliares. Archivos, lavabos y todo eso. Los únicos que trabajamos en este lado somos el detective y yo. Si no había gente en los lavabos de las otras oficinas, por ejemplo, pueden no haberse enterado de nada.

—Comprendo.

Tuc se dirigió cojeando hacia la puerta.

—Gracias —dijo—. Perdone que le haya molestado. Si vuelve el

detective, dígale que ha estado visitándole su amigo Mallory.

Y descendió a la planta baja. Vio que el único establecimiento comercial del edificio, a nivel del suelo, estaba ocupado por un gran almacén de piezas metálicas. Para descargar, las furgonetas podían llegar hasta el fondo, hasta el patio interior. Porque el almacén terminaba precisamente en el patio donde debiera haber estado el cadáver de Michael. La luz gris, una luz que parecía de sala de autopsias, se pegaba a las paredes y daba una infinita sensación de tristeza. El rumor de la lluvia, cada vez más fuerte, llegaba con monotonía hasta la puerta de la calle.

Tuc avanzó por el almacén. Nadie le cortó el paso, a pesar de que había dos empleados en una pequeña casita, al fondo, ocupados con una máquina calculadora. Ni tan siquiera le vieron. El joven llegó hasta el fondo, miró el suelo del patio y se convenció de que allí no podía haber caído nadie. No se distinguía ni la menor mancha de sangre. Por otra parte, los empleados que trabajaban en la calculadora se habrían enterado de algo. Era imposible que fuesen cómplices.

Tuc Mallory salió de allí, caminando como un inválido.

Cada vez entendía menos aquello. Pero la sensación de un miedo difuso e incomprensible, la sensación de un terror que flotaba en el aire le agarrotaba.

Andando cada vez con mayor dificultad, se dirigió hacia la más cercana parada de taxis.

Hizo que uno de ellos le condujera a un sitio donde no creyó que tuviera que ir jamás: el lugar al que un día llegó el cadáver de Mackensen para transformarse en un monstruo que… *¡había vuelto a matar!*

CAPÍTULO XIII

Mientras el taxi circulaba bajo la fina lluvia de Londres, Tuc pensó, sin embargo, que no le convenía ir directamente a la casa de los familiares de Mackensen. Conocía la dirección de éstos porque él intervino, aunque de forma muy indirecta, en los trámites para la devolución del cuerpo del famoso asesino. Pero, en cambio, no conocía a los familiares, no sabía nada de ellos; ni sus nombres, ni sus ocupaciones ni su índice de peligrosidad.

Por lo tanto, le convenía alguna información antes de meterse en su terreno.

Tenía tres fuentes para obtener esa información. Una de ellas era Scotland Yard, pero ése era el último rincón del mundo al cual le convenía acercarse. Otra posibilidad estaba en el Intelligence Service, pero en los archivos de esa organización no figuraban los delincuentes comunes. La tercera fuente de información, y posiblemente la más eficaz, estaba en los periódicos.

Se dirigió al *Times*, que, además, estaba cerca.

Allí conocía a uno de los redactores jefe. Consiguió que le acompañara a los monumentales archivos para encontrar todos los datos referentes a Mackensen.

Lo que había dicho el *Times* en la época de la muerte de éste era muy poca cosa.

Precisamente el *Times* concede poco relieve a las informaciones sensacionalistas, lo cual no deja de ser un defecto cuando se trata de cosas importantes, como por ejemplo la muerte de Mackensen. Simplemente indicaba que éste había sido abatido de un disparo al corazón por un policía que llevaba un arma no reglamentaria[1], y que sus familiares habían reclamado el cuerpo inmediatamente, evitando incluso el trámite de la autopsia.

La policía había accedido para no alargar ni complicar una situación en la que podía verse discutido el honor de uno de sus

miembros. Eso era todo.

Tuc hizo un gesto de desaliento.

—No es gran cosa —dijo—. Tendré que ir al *Daily Mail*[2], aunque allí no conozco a nadie. ¿Hay al menos alguna foto del momento de la entrega del cadáver?

—Tal vez sí. Espera.

Por suerte apareció una fotografía. En ella se veía un ataúd en el momento de ser descargado de una furgoneta del Yard. La lúgubre ceremonia era presenciada por un hombre ya maduro, alto, calvo, que tenía un cierto parecido con el nazi Eichmann, y por una muchacha preciosa, vestida de negro. La muchacha no tendría más allá de veinte años.

—¿Quiénes son?

—Los familiares. Éste es el padre y ésta es la hermana. El padre murió el año pasado, si no recuerdo mal. La única que queda viva es la hermana. Tal vez en el reverso de la foto diga el nombre. A ver… Sí… Linda. Ahí tienes a Linda Mackensen.

—Linda Mackensen…

Tuc tomó una guía telefónica y buscó aquel nombre, pero no lo encontró. O la muchacha no tenía domicilio fijo, o no tenía teléfono, o no vivía en Londres. Pero el redactor jefe del *Times*, que tenía una memoria prodigiosa, susurró:

—Espera.

Una información complementaria aparecida un día después de la entrega del cadáver, indicaba que la hermana de Mackensen se había negado a hacer declaraciones, refugiándose en su habitación del hotel Mayrlane, en Notting Hill Gate. Era una pista.

—Aunque ha pasado bastante tiempo, es posible que aún viva allí. Puedes probarlo.

—Gracias de verdad —dijo Tuc—. Sin ti no hubiese adelantado un paso.

—Y conmigo tampoco porque veo que no puedes andar. ¿Qué te pasa?

—Me rompí la pierna esquiando.

—¿Esquiando? ¡Pero si ahora no hay nieve!

—Por eso mismo —dijo Tuc—. Esquié por un tejado y caí sobre el techo de un camión. Menos mal que el techo del camión no era tan duro como los otros.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque pertenecía a una fábrica de colchones.

Y se alejó tan tranquilo, aunque tropezando con la pierna herida en todas las puertas.

* * *

Notting Hill Gate es una amplia avenida que va desde Kensington Gardens hasta Holland Park y la West Cross Route, que es una verdadera autopista urbana. Por lo tanto, mucha gente que entra y sale de Londres lo hace a través de Notting Hill. Hay unos cuantos hoteles modestos, unas tiendas más bien apacibles y sin pretensiones y algunas industrias de poca monta ante las que circula indiferente el intenso tráfico. Tuc Mallory llegó allí a media tarde, bajo la lluvia fina y tamizada, y entró en el hotel Mayrlane.

—¿La señorita Mackensen? —preguntó.

El empleado le miró con desconfianza.

—La señorita Mackensen no recibe visitas masculinas —dijo, secamente—. Además, en la casa está prohibido.

Y le señaló un retrato de la reina Victoria, rodeada de todos los ministros, hecha a finales del siglo anterior. La reina Victoria, casi noventa años después, seguía presidiendo silenciosamente la casa.

—Además, aquí el que no corre vuela —dijo el empleado—. Hay que vigilar continuamente.

—Pues yo ni corro ni vuelo —susurró tímidamente Tuc Mallory —. ¡Qué más quisiera!

Y salió arrastrando la pata de nuevo. Pero ahora ya sabía lo fundamental y lo único que en realidad le interesaba: la muchacha vivía allí. De modo que buscó con los ojos algún sitio desde el que poder observar la entrada del hotel.

Al menos en eso tuvo suerte.

Casi enfrente, se alquilaba un despacho con una ventana a la calle. Los cristales no habían sido limpiados desde la guerra de los boers, pero eso era lo de menos. Tuc hizo un sacrificio económico y lo alquiló inmediatamente por treinta libras a la semana.

Poco después se había instalado ante la ventana y miraba atentamente la puerta del hotel, al otro lado de la calle. La pierna le

hacía sufrir terriblemente, pero se aguantó. Al fin, a base de tenerla estirada y quieta sobre una silla, logró calmarse.

Las horas transcurrieron lentamente.

Los recuerdos y la fiebre hundían poco a poco la resistencia de Tuc Mallory. Volvían a él los días en que conoció a Anouk. La época apasionada en que fue suya y en que juraron no separarse jamás. Y el momento amargo en que él dijo que prefería su carrera y que necesitaba ser libre, el momento en que el hechizo que había existido entre los dos se rompió para siempre.

Poco a poco se fue amodorrando.

La fatiga era superior a él.

Quedó dormido en la butaca, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo. Soñando que Mackensen atravesaba aquella puerta, se acercaba a él y le mostraba la cabeza de Anouk.

Dos veces se despertó Tuc y dos veces le volvió a hundir la fiebre.

* * *

A la mañana siguiente, en contra de lo que había temido, se encontró bastante mejor.

Sin abandonar las cercanías de la ventana, se lavó y se aseó un poco y bajó a un café próximo a desayunar. Desde la barra vigilaba la puerta del hotel, y al fin sus esfuerzos se vieron recompensados.

La muchacha salía en aquel momento.

La noche anterior no la había visto entrar, pero eso no era extraño porque Tuc perdió varias veces la noción del tiempo. Sin duda, la chica se había retirado tarde. Tuc pagó y salió inmediatamente tras ella.

Linda Mackensen era una chica alta y esbelta, de curvas suaves y bien equilibradas, de piernas macizas, de ojos rasgados y quietos, tal vez un poco siniestros. Eran unos ojos que miraban fijamente y no tenían expresión, no tenían alma. El tiempo parecía pasar por ellos sin dejar ninguna huella, como si el tiempo no existiese. Caminaba con seguridad bajo la luz tranquila de la mañana, atrayendo de vez en cuando las miradas de los hombres.

Seguía vistiendo de luto.

Era extraño, porque desde la *muerte* de su hermano ya habían transcurrido dos años.

Claro que tal vez llevaba luto por su padre. O trabajaba en un sitio tan serio que obligaban a las empleadas a ir vestidas así.

Pero ¿qué sitio?

Tuc quedó lívido.

Le seguía a cierta distancia, procurando no hacerse notar y dominando el dolor de su pierna, cuando vio que ella entraba por un pasadizo de Holland Avenue en cuya entrada se leía nada menos que esto:

LAS CHICAS SERIAS. CABARET.

¡Por todos los diablos!

¿Un *cabaret* a aquella hora de la mañana? ¿Un *cabaret* de chicas serias? ¿Incluso vestidas de luto? Pero ¿qué era aquello? ¿Qué rincones de Londres resultaban aún ignorados incluso para un hombre como Tuc?

Penetró también en el pasaje.

Como *chica seria,* Linda Mackensen estaba inmejorable.

Seguro que no le faltaban amiguitos. Incluso era posible que la esperasen a aquella hora, cuando todavía no habían dado las diez de la mañana.

Pero entonces Tuc tuvo la segunda sorpresa. La muchacha no había entrado en el *cabaret,* que ocupaba un gran portal a la izquierda. Había ido hasta el fondo del pasaje.

Allí había otra puerta por la que entró.

Atravesó un patio interior.

Salió a otro pasaje.

Todos aquellos pequeños vericuetos de Londres no los conocía Tuc, quien la seguía cada vez con más esfuerzo. Y entonces tuvo la tercera sorpresa, que fue aún más violenta que las anteriores. Porque al otro lado del nuevo pasaje había otra puerta que abrió la muchacha decididamente empleando una llave. Eso no habría tenido nada de extraño si en la puerta no hubiera campeado esta inscripción:

FUNERARIA LA CONFIANZA

Tuc tenía la boca seca.

Ya ni se acordaba del dolor de su pierna.

Como la puerta había quedado abierta, la empujó con suavidad.

Oyó un leve chirrido.

La circulación de su sangre pareció detenerse. No le interesaba de ningún modo que la chica le descubriese ahora. Pero ella no debía haberle oído, porque siguió avanzando de espaldas a él hacia varios ataúdes apoyados en la pared del fondo.

En los ojos de Tuc Mallory quedó fotografiado aquel ambiente triste, hostil, en el que no había más que unas paredes grises, unas mesas negras y unos ataúdes como todo adorno. El peor sitio del mundo para una chica como Linda Mackensen, que en el *cabaret* de las chicas serias hubiese lucido muchísimo más. Pero lo que se dice muchísimo más…

Tuc, apoyado en el bastón, se pegó a una de las paredes.

En este momento, su cerebro funcionaba con gran rapidez, y no dejó de extrañarle otra cosa: que no hubiera empleados a aquella hora. Pero un instante después había recordado que era domingo. Y aunque una funeraria trabaja todos los días, aquélla era tan pequeña que Linda debía atender por sí sola el negocio los días de fiesta.

Sin embargo, las sorpresas de Tuc Mallory no habían terminado.

Le faltaba la peor.

¿La peor?

Bueno, eso él aún no lo sabía.

Vio que la chica abría uno de los ataúdes apoyados en la pared… ¡y se metía en él!

Por lo que pudo ver en el rápido relampagueo de la tapa, al alzarse, era un ataúd vacío.

Pero las sorpresas siguieron.

Tuc ya no sabía qué pensar.

Su boca no solamente estaba seca; se había transformado en un pedazo del desierto Mojave.

Por lo que pudo ver a continuación —detalle que no había notado antes— aquel ataúd estaba encajado en dos carriles que eran en realidad el principio de una cinta transportadora. Por su parte inferior se apoyaba en una base metálica que cedió al estar la muchacha dentro y, por tanto, aumentar el peso. Ello debió poner

en marcha el mecanismo e hizo que el ataúd se izara en las guías y fuera depositado blandamente en la cinta transportadora. Ésta estaba formada por rodillos de goma y se parecía mucho a esas cintas que transportan los equipajes en los aeropuertos. Pero siguieron las sorpresas de Tuc Mallory.

Siempre resultaba que la que venía era peor que las anteriores.

Porque la cinta transportadora terminaba en una puerta metálica pequeña —suficiente tan sólo para que pasase la caja—, y sobre la cual una inscripción metálica decía nada menos que esto:

PRECAUCIÓN. HORNO CREMATORIO

Tuc estuvo a punto de lanzar un grito.

Pese a toda su experiencia, algo fallaba en él. Era como si estuviese viviendo la primera misión de su vida. El horror le dominó de tal modo que fue incapaz de moverse. Sabía que aquellos hornos eran eléctricos unas veces y otras a gas, pero que siempre funcionaban automáticamente. ¡La muchacha había elegido para suicidarse el método más seguro y más horrible que hubiese podido imaginar! ¡Iba a quedar reducida a cenizas en su propia funeraria!

Miles de pensamientos atravesaron en ese momento el cerebro de Tuc. Comprendió, entre otras cosas, por qué la policía había entregado con tanta facilidad el cadáver de Mackensen: no sólo para evitar una campaña de Prensa, sino también porque los familiares de Mackensen eran unos profesionales de la muerte. Pero un pensamiento dominó a todos los demás. Una implacable luz roja se encendió en el cerebro de Tuc: la muchacha iba a suicidarse. ¡Iba a sufrir una muerte horrible!

Pero las sorpresas siguieron. La cosa no se había detenido aquí. Sí… Las sorpresas continuaron todavía. Tuc Mallory, mientras avanzaba por entre aquella luz irreal, sintió de una forma confusa que acababa de poner los pies en el infierno.

CAPÍTULO XIV

En efecto, las sorpresas habían continuado. Y la que sacudió a continuación a Tuc fue, por decirlo así, tranquilizadora. Sencillamente, las luces exteriores que indicaban el funcionamiento del horno no se habían encendido.

Eso indicaba dos cosas. Primera, que Linda Mackensen no corría ningún peligro.

Segunda, que el horno crematorio era… era una entrada secreta.

Claro que no siempre, puesto que en ciertas ocasiones el horno crematorio debía funcionar. Pero puesto que ahora no lo hacía, Tuc decidió aprovechar la oportunidad.

Tenía que darse prisa.

Tomó un ataúd entre sus poderosas manos.

Lo colocó encajado en las guías, sobre la pequeña plataforma metálica donde había estado el de Linda.

Alzó la tapa.

Se introdujo en él.

Cerró.

La plataforma metálica había cedido.

Sonó un chasquido.

¡Y el ataúd empezó a elevarse! ¡Fue a parar a la cinta transportadora como había ocurrido con el de Linda Mackensen!

Tuc había contenido la respiración.

Procuraba mantenerse en calma, pero todos sus nervios vibraban. Lo peor era que sabía que la pierna herida no le iba a responder, en el momento decisivo. Oyó el chasquido de la puerta del horno al abrirse automáticamente.

Ya estaba en el interior.

La cinta transportadora había encajado el ataúd en una especie de parrilla metálica. Era natural. Allí, al fin y al cabo, se fabricaban cadáveres a *l’ast*. Pero Tuc notó algo más.

Notó… ¡que las llamas abrasaban su cuerpo!

¡El horno estaba funcionando!

¡Y el ataúd había quedado apresado allí! ¡Iban a convertirle en un montón de cenizas!

Sus reflejos funcionaron entonces perfectamente. Más tarde se dio cuenta de que si llega a vacilar diez segundos más, habría sido imposible salir de allá. Alzó la tapa con un movimiento frenético.

¡Y la tapa no se alzó del todo!

¡El techo era demasiado bajo!

¡El ataúd estaba encajado en una especie de nicho sobre el que concluía el fuego desde todas partes!

Lo poco que permitía alzarse la tapa dejaba un hueco por el que resultaba casi imposible que pasara un hombre. Pero Tuc Mallory no era un hombre normal, sino que tenía una auténtica instrucción de comando. Supo jugar perfectamente los músculos y flexionar su cuerpo como el de un pez, a pesar de la pierna herida. Contuvo un grito de dolor cuando las llamas de gas casi le rozaron, cuando el calor pareció penetrar hasta la médula de sus huesos. Y lo contuvo porque había visto algo más importante, más trágico aún: ¡la puerta del otro lado del horno, la que daba salida a los restos, se estaba cerrando!

Aunque era posible que aquella puerta no diera salida a los restos precisamente, sino que sirviera sólo para casos excepcionales. Es decir, que fuera una especie de puerta secreta. Al fin y al cabo, los que entraban en el horno crematorio no tenían *ganas ni vista* para distinguirla.

Era metálica, recia y pequeña, como la de la entrada. Los muelles que la cerraban eran poderosos. Tuc comprendió que si metía la mano allí, se la destrozarían.

Pero le quedaba el bastón. Lo manejó con gestos febriles y lo pasó por el hueco que aún dejaba la puerta. Lo hizo servir como palanca. El bastón chirrió a punto de romperse.

¡Pero Tuc no podía ceder! ¡Si dejaba de hacer fuerza, la puerta se cerraría y él quedaría convertido en un montón de cenizas!

Sólo habían transcurrido unos segundos, pero le parecía que ya llevaba una eternidad metido allí dentro.

Aunque las llamas no le alcanzaban directamente, el dolor le trituraba los nervios. Logró tender las manos hacia la puerta y… ¡y

empujó!

Tuc tenía la fuerza de un campeón de catch, pero además, la desesperación las centuplicaba en aquellos momentos. Empujó con todo su vigor, con toda su alma. Los resortes de la puerta se partieron con un crujido.

Entonces, él pudo salir.

Cayó al suelo, hecho un ovillo. El dolor le dominaba. No sabía ni dónde estaba en estos momentos. Sus ojos turbios no veían. Sus oídos no captaban nada.

Pero la piel de su frente sí que captó algo. La piel de su frente captó el contacto frío, suave, casi dulce de la pistola que se apoyaba en ella. Una pistola mil veces más compasiva que el horno, puesto que al menos iba a darle una muerte rápida.

CAPÍTULO XV

Los oídos de Tuc recobraron la normalidad un momento después. Le pareció como si aquella voz llegara desde muy lejos, pero al menos la oyó. Era suave y armoniosa. Le dijo, sencillamente:

—Has hecho un viaje demasiado largo, amigo. Ya es hora de que lo termines aquí.

Pero aquella mujer estaba muy equivocada si creía haber vencido a Mallory. Éste tenía una pierna hecha polvo, pero los brazos no. Consiguió mover uno de ellos con la precisión que había adquirido en los entrenamientos, y envió el arma bien lejos, en el momento en que la bala surgía por el cañón.

El plomo se hundió en una de las paredes.

La muchacha lanzó una maldición.

Pero no tuvo tiempo de lanzar otra, porque Tuc ya había disparado su puño cerrado. Se oyó el chasquido de la mandíbula de Linda, al recibir el impacto. Un momento después rodaba por el suelo.

Tuc Mallory se puso en pie, aunque apoyado en aquel bastón que le había salvado la vida. Recogió la pistola sin darse prisa y apuntó con ella a Linda Mackensen. Ésta, caída en el suelo, le demostraba que la intimidad de sus piernas era como para no olvidarla en dos años. Demostraba también que no sentía odio, sino miedo. Sus ojos le miraban con horror. Tuc tuvo la sensación de que todo aquello constituía para la muchacha una pesadilla tan insoportable como para él mismo.

Lo único que preguntó fue:

—¿Por qué?

—Nunca creí que descubrieras… esta entrada.

—Sin embargo, tú misma me la has mostrado. No me digas que no te habías dado cuenta de que te seguía. Eres demasiado lista para eso.

—Sí. Me había dado cuenta.

—¿Y por qué, aun así, me has mostrado la entrada secreta?

—Porque sabía que tú me seguirías.

—Y así me cocería en la parrilla, ¿no?

—Exacto. Así te cocerías en la parrilla. De nada sirve negarlo ahora. Desde aquí se puede hacer funcionar el horno, de modo que cuando me di cuenta de que estabas dentro, moví los resortes.

—Total, unas cuantas cenizas derramadas en el Támesis y… listos, ¿verdad?

—Sí, eso: listos.

Tuc la miró con expresión de cansancio.

Pero al menos la chica tenía algo de bueno: no negaba. Estaba tan asustada que diría todo lo que llevaba dentro. Tuc miró en torno suyo y vio que aquello era un auténtico laboratorio y, además, un quirófano. Todos los adelantos que pudiera concebir la técnica más moderna estaban allí. En cuanto al alto voltaje necesario para poner en funcionamiento aquello, no debía llamar la atención, ya que la funeraria consumía grandes cantidades de energía eléctrica y de gas para poner en funcionamiento todo aquello.

En resumen, estaba ante un auténtico laboratorio secreto, y además, tan moderno que difícilmente podía ser superado en Londres. Pero eso era sólo el principio de lo que necesitaba saber, de modo que preguntó:

—¿A quién pertenece esto?

—Ahora es mío.

—Mientes. Tú no haces funcionar esto.

La chica se mordió el labio inferior, nerviosamente. Su resistencia se iba desmoronando. Cambió de postura y mostró inconscientemente más aún las piernas, pero Tuc no se fijó en ellas. Tenía otras cosas en que pensar.

—Dime a quién pertenece ahora —insistió.

—Esto se organizó con… con el consentimiento de mi padre. Yo no tengo nada que ver. Me lo encontré hecho.

—No digo lo contrario. Pero explícame a quién pertenece.

—A lord Clayton.

Tuc bajó la pistola poco a poco.

Estaba seguro de que la muchacha no mentía.

Y, por otra parte, las cosas podían concordar. Lord Clayton era un maniático de la ciencia en su aspecto más futurista; quizá en su aspecto más siniestro. Su museo, con la Sala Circular y la Sala Oblonga, lo demostraba.

Pero Tuc sabía que esos aspectos siniestros de la ciencia son a veces los más útiles.

Durante la Edad Media, los que se dedicaban a estudiar anatomía en los cuerpos muertos eran considerados impíos, brujos y malditos de Dios.

Lord Clayton podía ser uno de esos hombres.

Un loco y un precursor, al mismo tiempo.

Pero ¿hasta qué punto precursor? ¿Y hasta qué punto loco? ¿Hasta qué punto asesino?

Musitó:

—¿Qué hicisteis con tu hermano, con ese maldito de Mackensen?

—Lord Clayton lo… lo operó.

—Ya sé que es un fantástico cirujano. ¿Qué más?

—Le extrajo la bala. Le cosió el corazón. Lo dejó como el de un hombre recién operado.

—Imaginaba eso. Sigue.

—Luego le aplicó corrientes eléctricas y masaje. Fue un trabajo ímprobo, agotador. Pero al fin consiguió que el corazón latiese de nuevo y pudo retirar los aparatos que hasta entonces habían bombeado la sangre.

Todo lo que había imaginado Tuc se confirmaba. Estaba seguro de que Linda era incapaz de mentir. Pero sin dejar de amenazarla, continuó preguntando:

—¿Cuánto tiempo tuvo que estar Mackensen reponiéndose?

—Pues… más de un año.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—¿Qué pasó luego? ¿Os conocía? ¿Cómo estaba su cerebro?

—Peor que nunca. Mi hermano siempre había sido un loco, pero ahora su cerebro está completamente destrozado. Y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—Es obediente.

—No acabo de entenderte. ¿Obediente en qué sentido?

—Él sabe, o más bien adivina, que debe la vida a alguien.

—¿Lord Clayton?

—Sí, pero no a él solamente.

—¿Quién más?

Ella suspiró con infinito cansancio, como si ya estuviera al borde de sus fuerzas.

—Por favor… Puedo hablarte de eso más adelante, pero no ahora. He llegado al tope.

—¿Necesitas descansar?

—Ya siento… siento vértigo.

Era evidente que la muchacha no mentía. Todo aquello había resultado excesivo para su resistencia. Tuc comprendió que nada se perdería con dejarla descansar un rato.

—Muy bien, pero no me separaré de ti —dijo—. Vas a venir conmigo si quieres descansar. ¿Tiene otra salida esto?

—Sí.

—Enséñamela.

Ella se incorporó y le mostró, en la parte posterior, una puerta de hierro que parecía la entrada de un almacén. La abrió y se encontraron en un callejón. Había allí una furgoneta de reparto, unas cuantas basuras y unas ratas opulentas que vivaqueaban golosamente en ellas.

—¿Adónde me llevas?

—Tengo un despacho alquilado enfrente de tu hotel —dijo—. Desde allí te he espiado.

—¿Y por qué complicar las cosas? ¿Por qué no vamos a mi hotel?

—Imposible. He visto que tienen allí un retrato de la reina Victoria y sus ministros.

—Pues eso es muy sencillo —dijo Linda, con voz algo más animada—. Se vuelve del revés… ¡Ah! Y en cuanto a sus ministros, no te preocupes tanto. Algunos eran de cuidado.

CAPÍTULO XVI

Cuando llegaron a la habitación de Linda en el hotel Mayrlane —una habitación que no era la típica pieza de huéspedes, sino que tenía detalles de gusto personal, pues no en vano la muchacha llevaba residiendo en ella mucho tiempo—, Tuc tenía una sola preocupación: hacerla hablar. Que la muchacha le contara todo lo que sabía.

Pero en aquel momento estaba lejos de imaginar otra cosa muy importante. Lo que estaba más lejos de imaginar era que en el laboratorio secreto que poco antes descubriera… ¡le habían estado mirando dos ojos ignorados para él! ¡Dos ojos que, sin embargo, él conocía!

Caso de haberlo sabido, la actitud de Tuc Mallory habría cambiado. Pero no. Eso no podía ni soñarlo siquiera.

Cuando estuvieron a solas, ella musitó:

—¿Puedo cambiarme?

—Claro.

Tuc se volvió de espaldas intencionadamente, dando por supuesto que ella no emplearía aquel truco para huir. Un hombre tiene que ser discreto ante una chica que se cambia. Pero Linda Mackensen se encogió de hombros.

—No importa —dijo.

Y dejó abierta la puerta del cuarto de baño.

Por lo visto, había vuelto del revés, más de una vez, los retratos de la reina Victoria.

Tuc estaba mareado. Diablos… ¡Y pensar que estaba convertido en algo así como un inútil! ¡Y pensar que la fiebre seguía torturándole! ¡Y pensar que lo único que le obsesionaba de aquella chica era lo que ella pudiese decirle!

Oyó el agua de la ducha. Ella salió medio envuelta en una toalla. O la toalla era demasiado pequeña o el cuerpo de Linda Mackensen

era demasiado grande. Pero eso no pareció importarle demasiado, mientras se secaba meticulosamente.

Se tendió de espaldas en el diván.

—¿Puedes darme un masaje? —susurró.

—¿Dónde?

—Aquí… En los hombros… En la espalda…

Él obedeció. Sus manos duras, fuertes y al mismo tiempo extrañamente suaves, sabían encontrar los músculos que relajan, los músculos que devuelven la paz. La piel de Linda era tersa y tan limpia como la de una niña. Le dejaba hacer sin moverse, con la mirada perdida en el vacío.

Pero ¿por qué habían de continuar aquellas malditas sorpresas? ¿Por qué entonces ella se puso a llorar?

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no te confías a mí?

—Al contrario. Lo que quiero es confiarme a ti. ¡Estoy tan cansada! ¡Me siento tan destrozada después de todo esto!

—Si quieres decirme algo, dímelo ahora, Linda. No trato de perjudicarte, sino todo lo contrario. Me doy cuenta de que te han metido en esto contra tu voluntad.

Ella se puso en pie, se desprendió del contacto suave de sus manos y se puso a cambiarse de ropa. Estaba enloquecedora así, medio vestida. Tuc sintió que otra vez la boca se le quedaba seca, pero no se movió.

—¿Un cigarrillo, Linda?

—Bien.

—¿A quién obedece Mackensen?

—A lord Clayton, puesto que él le devolvió la vida. Y porque sabe que si él no le cuidara, terminaría muriendo.

—O sea, que es algo así como el monstruo de Frankenstein, ¿no?

—Quizá parezca absurdo decir eso en el Londres de 1978, pero, en efecto, así es: lo más parecido al monstruo de Frankenstein es lo que ocurre con mi hermano y lord Clayton.

—¿A quién más obedece?

—Quiero aclararte una cosa: no se trata exactamente de que la obedezca… Lo que pasa es que está enamorado de Stella.

—¿La hija de lord Clayton?

—Sí.

Tuc se estremeció. Otra vez le venía a la memoria la vieja

historia del monstruo de Frankenstein enamorado de una muchacha inocente. Otra vez sintió que se enfrentaba a algo irreal, pero que, sin embargo, no podía ignorar, porque le rodeaba por completo.

Tendió a Linda la falda para que acabase de ponérsela.

—¿Qué quiere decir eso de que está enamorado de ella? —musitó.

—Pues sencillamente lo que oyes. La quiere para sí. Y yo no deseo que mi hermano muera, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que es un monstruo. Ya lo era antes de que le atravesaran el corazón, y ahora… lo es por dos motivos. Me estremezco al pensar en lo que ocurrirá si algún día Stella cae en sus brazos. Esa muchacha debe estar completamente aterrorizada.

—Pero entonces ese maldito de lord Clayton tiene que estar completamente loco… ¿Por qué no la ha mantenido al margen?

—No ha podido. Hay cosas que no pueden ocultarse.

Tuc suspiró con desaliento.

Pero al fin tenía algo, por desagradable que fuese. Al fin tenía una pista que le permitía andar en una dirección.

—¿Dónde puedo ver a lord Clayton? —susurró.

—¿Y para qué pretendes verle?

—Muy sencillo: Se trata de un monstruo, un monstruo aún mayor que tu propio hermano. Te tiene tan aterrorizada a ti, que incluso has tratado de matarme para que este siniestro pastel de sangre no se descubriera. Se han cometido varios crímenes en los que él debe tener alguna intervención. Es lo bastante para hablar con él y obligarle a aclarar su actitud. ¿O aún te parece poco?

Ella no contestó.

Tuc dejó los restos de su cigarrillo, que no había podido terminar de fumar porque el tabaco le sabía demasiado amargo.

—¿Dónde puedo encontrarle? —susurró—. ¿En su casa?

—No te recibirá, y tú no podrás insistir. Si insistieras demasiado, te acusarían de allanamiento de morada. Tampoco puedes acusarle directamente ante Scotland Yard, con las pocas pruebas que tienes.

—¿Tú no hablarías?

—No puedes pedirme eso. Estoy demasiado aterrorizada para comparecer ante un tribunal. Mi hermano sería capaz de matarme.

—Me hago cargo de tu posición —dijo él, sombríamente—. No soy tan insensible como para no darme cuenta de tu problema. Pero

entonces, ¿dónde puedo capturar por sorpresa a ese hombre? ¿Dónde puedo caer sobre él y Mackensen? ¿Quizá en el laboratorio del que hemos salido hace poco?

—Aquél podría ser un buen sitio, pero lord Clayton no va allí todos los días. En cambio, esta noche puedes encontrarlo en su museo. En domingo no lo tiene abierto al público, y por eso aprovechará para hacer algunos retoques personalmente.

Tuc sonrió con expresión ausente, como si se hundiera de nuevo en el pozo sin fondo de sus pensamientos.

—Quizá tengas razón —dijo—. Esta noche iré allí… Mejor dicho, iremos los dos.

No quería caer en ninguna trampa, y ella lo entendió. Parecía haberse conformado con su papel y no intentaba salir de él. Incluso hubiera podido decirse que se sentía protegida.

Se sentó muy cerca y con un soplo de voz, musitó:

—Bueno, nos quedan bastantes horas, al fin y al cabo… ¿Por qué perder el tiempo hablando? ¿Por qué no me das un poco más de masaje?

CAPÍTULO XVII

La noche. La noche quieta, mortecina, apacible de los barrios residenciales de Londres.

La noche en que Tuc Mallory se movía pesadamente, la noche en que rompía las tinieblas hacia un destino que era incapaz de adivinar.

Linda Mackensen le había explicado muchas cosas durante las horas transcurridas en el hotel. Le había explicado, por ejemplo, cómo los ojos de Nancy fueron sacados inmediatamente por lord Clayton en el depósito de cadáveres (no en vano era miembro de honor de la Academia de Cirugía y tenía entrada en todos aquellos centros) y utilizados para una mujer que había quedado ciega en accidente. Le explicó también que un pedazo de la piel de su cuello había sido utilizado para una segunda mujer que sufría quemaduras.

Y que también había utilizado para Wanda, un pedazo de piel de una pierna de Sigrid.

Todo aquello no tenía nada de especial, dado el estado actual de la ciencia. Lord Clayton estaba experimentando audaces trasplantes, y, al parecer, tenía más éxito que muchos médicos de fama, aunque no quería dar publicidad a su trabajo. Dar publicidad quizá significaría un control sobre sus actos, cosa que no le interesaba de momento. En cierto modo, lord Clayton era un fanático de la ciencia, a la que servía con auténtica devoción. Pero ¿eso explicaba sus crímenes? ¿A qué extremo de locura había llegado aquel hombre?

Tuc confiaba en saberlo pronto.

Aquella misma noche.

Ahora, al menos, conocía el nombre del culpable. Caer sobre él no iba a ser tan fácil, pero Tuc Mallory estaba decidido a intentarlo.

Avanzó hacia el edificio donde estaba instalado el museo.

Linda le seguía en silencio.

Menos mal que Tuc había estado allá y lo conocía. Hizo una seña a Linda y avanzaron agazapados los dos. Después de un nuevo vendaje en la pierna y la toma de dos calmantes, Tuc se sentía algo mejor, pero no podía ni soñar en prescindir de su bastón todavía. Se acercó a una de las ventanas y la abrió sin dificultad.

Colarse en los sitios prohibidos, era para Tuc un juego de niños.

Pasaron al interior. Más allá de una gran nave con bancos y una tribuna para conferencias, estaba la Sala Circular. Una luz suave, tapizada, casi irreal, se desprendía de ella.

Tuc Mallory hizo otra seña a Linda.

Ella le seguía.

La visión de los cuerpos colgados en la Sala Circular hizo que Tuc se estremeciera en contra de su voluntad. Todo aquel ambiente, todo aquel silencio, le estaban destrozando los nervios. Vio que la luz irreal se prolongaba hasta algo más allá, hasta la siniestra Sala Oblonga.

Los dientes de Linda castañeteaban.

Le ocurría lo mismo que a él: después de tanta tensión, los nervios podían traicionarla.

Tuc prefirió, por tanto, no tenerla demasiado cerca si había que pelear o si se tropezaban con una sorpresa.

Le hizo una seña para que permaneciera allí. Al fin y al cabo, tampoco pensaba alejarse mucho. Avanzó en silencio hacia el otro departamento, hacia la Sala Oblonga.

Todo seguía igual allí.

Pero, por lo demás, nadie se encontraba en aquel lugar. Ni lord Clayton, ni Mackensen, ni persona alguna. Tuc comprendió que debía buscar en otro sitio y volvió poco a poco sobre sus pasos.

Apenas hacía tres minutos que dejó sola a Linda.

Regresó a la Sala Circular, pero la muchacha ya no estaba allí. Tuc Mallory ahogó una maldición al darse cuenta de que había sido un idiota.

Ella no tuvo oportunidad de huir mientras estaban en el hotel Mayrlane, pero había aprovechado el primer momento en que se vio sola para poner tierra de por medio.

Demasiada caballerosidad por parte de Tuc Mallory y demasiada tontería también. Había confiado en la hermosa muchacha como si

ella no estuviese metida hasta el cuello en aquel repulsivo mejunje, como si ella no fuera, al fin y al cabo, tan culpable como su hermano Mackensen y como el propio lord Clayton.

Pero ya era tarde para lamentarlo.

Tenía que encontrarla como fuese. Tenía que conseguirlo antes de que ella pusiera en guardia al monstruo.

Avanzó hacia la salida.

Lástima que no pudiera moverse con más rapidez.

De pronto, se detuvo.

¿Qué sensación tan confusa era aquella? ¿Qué sensación irreal le llenaba de angustia?

¿Por qué le parecía oír dentro de su cráneo aquel himno funeral, aquella melodía de muerte?

No era una música que existiera realmente.

Era una música absolutamente interior.

Algo que en su subconsciente *le avisaba*.

Paseó la mirada por aquel espectáculo del techo, a la vez espectral y fascinante. Miró las piernas de las muchachas ahorcadas, muchachas de otra época, de otro mundo casi.

Pies descalzos o protegidos por la sandalia romana, por los escarpines de la Edad Media, por…

De pronto, los ojos de Tuc se desorbitaron.

La música interior estaba en un trágico *crescendo*. Le destrozaba el cráneo. Le enloquecía por momentos.

¿Pies protegidos también por zapatos de esta época? ¿Piernas enfundadas en medias?

¿Un vestido negro que aún parecía balancearse en el aire?

Los ojos de Tuc Mallory seguían desencajados.

Su cerebro no podía creer el horrible mensaje que aquellos ojos le enviaban.

Porque la mujer que se balanceaba colgando de un fino hilo de seda… Porque la mujer que aún parecía mirar al vacío con ojos llenos de terror… ¡era la propia Linda Mackensen!

¡Acababa de morir! ¡Acababan de ahorcarla!

CAPÍTULO XVIII

Tuc Mallory había reaccionado ante situaciones de violencia increíble, pues no en vano era uno de los duros del servicio de acción. Había peleado en situaciones tan difíciles que ya creía estar a salvo de sorpresas y de desfallecimientos. Y, sin embargo, ahora sus energías fallaban. No sabía qué pensar. No sabía qué hacer. Sus ojos desorbitados ya eran incapaces de mirar a ninguna parte.

Pero una idea pavorosa acababa de entrar en su cráneo: Mackensen era un asesino tan repugnante que acababa de matar a su propia hermana. Mackensen era un monstruo mucho más salvaje, mucho más viscoso de lo que él llegó a imaginar.

Se volvió, poco a poco.

Un instinto agresivo se había despertado en él. Anhelaba acabar. Anhelaba exterminar a aquella fiera rabiosa antes de que fuese demasiado tarde.

No se dio cuenta de que era eso lo que le salvaba la vida. Sí llega a entretenerse un instante más, ya no lo cuenta. Mackensen estaba materialmente sobre él, manejando una pequeña y mortífera hacha de dos cabezas, como las usadas en la Edad Media.

Era una de las piezas del museo. Tuc sabía que estaba listo si aquel hacha le alcanzaba con un solo golpe.

Intentó saltar… ¡y la pierna le falló!

Sintió en las venas el frío de la muerte al ver venir el hacha hacia él, pero no se dio cuenta de que aquel paso en falso acababa de salvarle la vida. El gesto inesperado que hizo, obligó a Mackensen a fallar. El filo del hacha pasó rozando las piernas de la ahorcada y la cabeza de Tuc Mallory.

Éste se dejó caer al suelo completamente.

No permitió que su enemigo reaccionara.

No le dejó salir de su sorpresa.

Como en los brazos conservaba toda su fuerza, sujetó a

Mackensen por un tobillo y lo alzó en vilo. El asesino lanzó un chillido gutural.

No podía creerlo.

Por un momento tuvo la sensación de haber caído en manos de un gigante.

Apenas dos segundos más tarde, Mackensen volaba por los aires como un fardo. Soltó el hacha y se estrelló contra una de las paredes. El golpe fue tan brutal, que durante unos breves instantes quedó sin conocimiento.

Caso de tener Tuc la pierna sana, habría podido saltar sobre él y acogotarle. Dos golpes le habrían bastado para dejarle fuera de combate o quizá para dejarle fuera de este mundo. Sabía cómo golpear a un hombre para que éste no tuviera motivos de acordarse más.

Pero ahora, apenas podía ponerse en pie de nuevo. Sus ojos estaban nublados. El dolor era tan intenso que pensó que difícilmente podría resistir un nuevo ataque del asesino si éste volvía a la carga otra vez.

Pero Mackensen ya había tenido bastante. Su instinto de fiera le dijo que esta vez pisaba un mal terreno y que no le convenía arriesgarse más. Salió furtivamente, dejando atrás la Sala Circular y perdiéndose entre las sombras.

Tuc Mallory se apoyó en uno de los asientos que había en la sala y se puso en pie. Miró en torno suyo con ojos todavía inseguros.

Y entonces oyó aquel sollozo de mujer. Entonces oyó aquel llanto que le llamaba desde las tinieblas.

CAPÍTULO XIX

El llanto había sonado en una de las habitaciones laterales, que eran como pequeñas salas para que los visitantes pudieran descansar. La luz tamizada e irreal llegaba hasta allí perfectamente. Eso permitió a Tuc distinguir a la chica que se encontraba caída en el suelo, la chica que estaba llorando.

Tuc Mallory se detuvo en el umbral de aquella puerta. Le pareció estar soñando. Tuvo que sentir en sus ojos otros ojos anegados en llanto, para darse cuenta de que todo aquello era una realidad, y, además, una realidad que le afectaba.

La muchacha sólo pudo decir una cosa:

—Ayúdeme…

—Naturalmente que la ayudaré, si es que está en mi mano hacerlo. Pero cálmese porque ahora ya no corre peligro. ¿Quién es usted?

—Me llamo Stella Clayton.

Tuc echó un poco la cabeza hacia atrás, sorprendido.

Claro que, en cierto modo, era lógico.

Stella Clayton, la hija de lord Clayton…

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Esperaba encontrarme con mi padre.

—¿Ha presenciado el crimen de Mackensen?

—No. Quiero decir que lo he presenciado cuando era demasiado tarde. No sé si se ha dado cuenta de que en esa sala hay algunos lazos colgando de unas poleas del techo, para dar mayor sensación de terror.

—Sí, ya me he dado cuenta. Claro que sí…

—A Mackensen no le ha sido difícil. Tampoco ha necesitado demasiado tiempo ni demasiada fuerza. Un golpe en la nuca a esa pobre chica para aturdiría, un lazo que pasa por su cuello y… y el resto ha consistido en tirar del cabo libre de la cuerda. Todo ha

resultado asquerosamente fácil.

En eso, Tuc estaba de acuerdo con la muchacha, de modo que no hizo ningún comentario. ¿Para qué? Lo que le obsesionaba, en cambio, eran aquellas prendas rotas, aquellas medias desgarradas, aquel cuello del vestido partido en pedazos. ¿Qué había ocurrido allí? Cierto que Tuc lo imaginaba, pero en el fondo no podía creerlo.

Ella siguió la dirección de su mirada. No le fue difícil adivinar sus pensamientos.

—Mackensen —dijo sencillamente.

—*¿Él?*

—Está enamorado de mí.

Eso concordaba con lo que le había dicho la pobre Linda, de modo que no podía dudar de la palabra de Stella. Por si hubiese alguna duda, el estado lastimoso de sus ropas lo demostraba. Sin duda, Mackensen la había acometido con fines que estaban muy claros, desarrollándose en aquella habitación una lucha silenciosa y repulsiva que seguramente él había interrumpido con su llegada.

—¿Ha conseguido algo… serio? —musitó.

—No. Dudo que pueda.

—¿Pues en qué sentido la quiere?

—En el sentido que se quiere a una mujer, por supuesto. Pero él no es un hombre; él es un monstruo.

—Demasiado lo sé —dijo Tuc, lentamente—. Vamos, levántese. Yo aún puedo ayudarla.

La muchacha le tendió la mano y se puso en pie casi colgándose de él. Parecía desfallecida. Tuc la llevó hasta la puerta y tuvo que sostenerla en el último momento, porque Stella Clayton estuvo a punto de desplomarse al ver el cadáver de Linda.

—Tengo que sacarla de aquí. ¿Puede andar?

—Sí. Ya empiezo a rehacerme, gracias. Ya… ya puedo.

El que casi no podía era él, pero no le quedaba más remedio que hacerse el fuerte.

Llevó a la muchacha hasta la puerta y allí susurró:

—¿Dónde está su padre?

—¿Para qué lo necesita?

—Tengo que hablar con él.

Ella le miró dramáticamente. En sus ojos había una honda, una

angustiosa desesperación.

—No obtendrá nada —dijo.

—¿Por qué piensa que no obtendré nada?

—¿Es que no se da cuenta? Mi padre está loco. Es un loco mil veces más peligroso que los que se pasan la vida de manicomio en manicomio. Ni siquiera le importa que… que…

Parecía a punto de perder el equilibrio de sus nervios. Tuc se hizo cargo de lo que le ocurría y la apoyó contra su pecho. Notaba que la muchacha estaba a punto de caer.

—No le importa que Mackensen se haya enamorado de usted, ¿verdad? —preguntó diciendo lo que la muchacha no se atrevía a decir.

—Cierto. No le importa. Al contrario, yo diría que lo celebra. Quiere que Mackensen sea un hombre completo, un hombre que siente y anhela como los demás, pese a haber vuelto del otro lado de la muerte.

—¿Pero no se da cuenta de que es un asesino? ¿No comprende que el responsable de sus crímenes es él?

—¿Qué va a comprender? ¿No le he dicho que está loco?

Tuc cabeceó pesadamente.

—¿Por qué no ha avisado a la policía? —preguntó Tuc.

—¿Me hubieran creído?

—No, seguramente no. Cierta muchacha hizo una denuncia parecida y tampoco la creyeron.

—Provocar un registro oficial en las instalaciones secretas que tiene mi padre hubiera sido inútil. Hace falta una autorización del juez, y sin alguna prueba concreta de que mi denuncia era verdad, el juez no la habría concedido. Por otra parte, mi padre es una personalidad en Gran Bretaña. Hace años, antes de retirarse de la política, se hablaba incluso de él para un alto cargo del Partido Conservador.

—Ya entiendo. Ningún juez se metería en un lío de esa clase sin tener unas pruebas muy concretas.

—Exacto. Por eso todas mis esperanzas estaban puestas en que se descubriera algún crimen de Mackensen. Pero estaba tan desvinculada de sus planes, que nunca podía adelantarme a ellos. Usted no puede imaginarse lo que… lo que es mi vida ahora. No puede imaginarse lo que es este infierno.

Él asintió con un gesto. Claro que lo imaginaba… De todas las personas que habían intervenido en aquella siniestra historia, Stella Clayton era quizá la que más pena le causaba.

Las demás personas habían sufrido un momento, pero ella sufría y sufría interminablemente desde que Mackensen volvió de la muerte.

—De modo que el monstruo quiere una novia… —dijo, pensativamente—. Sí… Es como la vieja historia de Frankenstein. Pero llegará un momento en que el monstruo se volverá contra su propio creador. Es más, creo que ese momento ha llegado.

—¿Qué quiere decir?

—Mackensen ha cometido un crimen del que hay dos testigos. El cadáver está ahí. La policía puede verlo. Ya no tiene derecho a dudar ahora.

—Ya me hago cargo. En cierto modo es eso lo que había estado esperando desde que este horror comenzó, pero…

Se libró de la suave presión de las manos de Tuc, quien sólo intentaba protegerla, y anduvo indecisa unos pasos por entre aquella luz irreal. Ahora se dio cuenta Tuc de que la muchacha usaba minifalda. Era una señorita, era una millonaria, pero vestía como una oficinista atrevida del Strand. Desde luego, era una equivocación, porque así aún excitaba más los apetitos insanos del monstruo.

Pero con aquel cuerpo maravilloso, ¿cómo no excitarlos? Era inútil que Stella Clayton se cubriera. Con minifalda o sin ella, Mackensen habría estado igualmente loco por sus formas.

Tuc musitó:

—¿Qué iba a decirme? ¿En qué piensa?

—En mi padre.

—Lo comprendo, pero creo que ha llegado el momento de que piense también en usted misma.

—Por favor, no le denuncie.

—¿Pues qué espera que haga?

—Sólo quiero un poco de tiempo… Compréndalo. Estoy completamente aturdida. Necesito un poco de tiempo para pensar.

—Ya ha pensado bastante desde que esta pesadilla empezó. Debe afrontar la realidad y comprender que ya se han producido demasiadas muertes.

—Pero a mi padre lo detendrán… Será un terrible escándalo.

—Tarde o temprano tiene que ocurrir. Al fin y al cabo, lord Clayton es responsable de sus actos.

Ella no supo qué decir. Se mordía los labios desesperadamente.

—Además, si tardamos será peor —dijo él—. Pueden cometerse nuevos crímenes.

—Lo sé.

—Déjeme actuar a mí —susurró él—. Aunque lo que se podría intentar, Stella, es capturar a Mackensen antes de comprometer al padre de usted.

En los ojos de la muchacha brilló la esperanza.

—¿Y no le procesarían? —musitó—. ¿No le ocurriría nada?

—Su amor filial puede ser conmovedor, pero todo tiene un límite. Vamos a ver si me ayuda y yo trataré de ayudarla a usted. ¿Dónde está Mackensen? ¿Dónde se esconde ese monstruo?

—En el propio laboratorio de mi padre.

—¿En el que está detrás de la funeraria?

Ella pestañeó sorprendida.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —preguntó.

—Más tarde le daré detalles. Ahora vamos. ¿Cree que Mackensen se habrá refugiado allí?

—Estoy segura.

—¿No tiene otro sitio adónde ir?

—Ninguno más donde se sienta protegido.

Tuc Mallory apretó los puños, mientras inclinaba el cuerpo hacia adelante en un gesto de decisión.

—Pues entonces vamos a por él —dijo—. Hay que conseguir que no se escape.

Ella le miró con sorpresas.

—¿Ha dicho vamos? —preguntó.

—Exactamente. Usted y yo.

—No podrá capturarlo. Está usted herido. Ahora bien, si lo que pretende es convertirse en la próxima víctima de Mackensen, va por el mejor camino.

—Tampoco puedo avisar a la policía —dijo él—. Por el momento trato de evitar que su padre vaya a la cárcel para toda la vida, aunque quizá lo merezca.

—Le agradezco que haga eso por mi. Sé que no podré pagárselo

nunca, y por eso mismo trato de evitar que Mackensen lo mate —susurró ella, al cabo de unos instante—. Es lo único que intento.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Déjeme hacer a mí. Mackensen me obedece. Conseguiré situarlo de tal manera, que lo pueda cazar por sorpresa.

—No me gusta atacar por la espalda a la gente —musitó Tuc—, pero en este caso quizá esté justificado. Me basta con poder darle un par de golpes en la nuca.

Ella le miró de soslayo los puños. Bastaba una ojeada para notar que Tuc Mallory era un profesional de la violencia, un tipo acostumbrado a pegar duro. Comprendió que si tenía libre la nuca de Mackensen durante un par de segundos, acabaría con él.

—Sí —dijo lentamente—. Déjeme hacer a mí. Y ahora vamos. No nos conviene perder más tiempo.

CAPÍTULO XX

El coche que conducía la muchacha, un «Austin Healey» deportivo de modelo antiguo, pero que resultaba deliciosamente *camp*, les condujo hasta la entrada del laboratorio secreto de lord Clayton. Durante el viaje, Tuc tuvo una oportunidad para no acordarse del dolor de su herida: la visión fascinante de las piernas de la muchacha, que se mostraban con absoluta generosidad, fue el mejor anestésico que en aquellos momentos podía soñar. Y entendió muy bien que ella prefiriese la minifalda. En su caso estaba perfectamente justificada. Ocultar aquellas dos maravillas hubiera sido privar a Londres de uno de los pocos atractivos que la capital aún conserva.

Se detuvieron, no ante el callejón que llevaba al *cabaret* y a la funeraria, sino ante la puerta que Tuc Mallory y la hermana de Mackensen habían empleado para salir horas antes. Stella llevaba un llavín y lo usó. Cuando la entrada quedó franca ante ellos. Tuc sintió que le envolvía aquel aire de soledad, de misterio y de muerte que ya le había sobrecogido una vez.

Apoyándose en el bastón, anduvo unos pasos detrás de la muchacha. Las luces se encendieron ante ellos y la atmósfera sobrecogedora se esfumó. Incluso el laboratorio parecía tener un aspecto normal, como el de tantos y tantos otros, pero había en él una frialdad, una atmósfera especial que le obligaba a uno a respirar más despacio.

Tuc susurró:

—¿Está aquí, Mackensen?

Se daba cuenta del peligro. Todos sus nervios se hallaban en tensión.

—No lo sé —dijo ella—. Tengo que comprobarlo, pero por el momento no te muevas de aquí.

—¿Es muy grande esto?

—Más de lo que parece.

—Pues nadie lo diría. Todo parece bastante reducido. ¿Es que hay algún sótano?

—Sí.

Se daba cuenta de que estaba en el centro de Londres, pero sólo en apariencia. En realidad acababa de entrar en un mundo desconocido donde todo era posible, un mundo donde incluso se habían roto las leyes eternas de la vida y de la muerte.

—¿Qué vas a hacer, Stella?

La trataba con más familiaridad, puesto que al fin y al cabo estaban metidos en la misma macabra aventura. Stella se volvió hacia él y le sonrió con timidez.

Su minifalda producía un curioso efecto entre los alambiques, las retortas y los aparatos eléctricos de alto voltaje. A Tuc no le extrañó que Mackensen, el monstruo que aún conservaba algo de humanidad, se hubiese enamorado de ella.

—Tengo que saber si está aquí —dijo Stella—. Normalmente se oculta en el sótano, de modo que déjame hacer.

Se perdió detrás de unos armarios metálicos donde se guardaban instrumentos de precisión. Tuc Mallory quedó solo y aspirando aquel silencio irreal, tan denso y cargado de presagios que parecía haberse amontonado allí como se amontona el silencio en las tumbas.

Pero a pesar de que Stella le había recomendado prudencia, él no se estuvo quieto.

Anduvo en silencio hasta la parte posterior de los armarios y vio el gran quirófano que ya había distinguido una vez. Más allá, había una puerta que daba, sin duda, a otra sección.

El silencio seguía envolviéndole.

Y entonces tomó una decisión. Había algo que no estaba dispuesto a consentir, y era que Stella cargara con el mayor riesgo de aquella aventura. Aunque conociese al monstruo, éste podía atacarla. De modo que avanzó hacia unas escalerillas que había más allá de la puerta y que seguramente conducían al sótano hacia el que se había dirigido la muchacha.

Descendió poco a poco.

La pierna herida le volvía a doler terriblemente. ¡Qué distintas hubieran sido las cosas caso de tener él todos los miembros sanos!

Pero tenía que aceptar las cosas tal como se presentaban y por eso siguió descendiendo. Al final se encontró en un viejo recinto que parecía sacado del decorado para una película sobre la Edad Media.

Las viejas arcadas de macizo estilo inglés eran auténticas, lo cual indicaba que la casa estaba construida sobre una especie de cripta, al cual se había conservado perfectamente, pese al transcurso de los años. Unas bombillas amarillentas y temblorosas iluminaban aquello, pero dejando tan espesas zonas de sombras que desde cualquiera de ellas podía llegar la muerte.

Era como meterse en una trampa, porque Tuc Mallory desconocía aquel terreno, pero siguió avanzando. Sabía que Mackensen podía ocultarse tras cualquiera de las gruesas columnas. En aquel agobiante silencio sólo oyó el «toc, toc» de su bastón como un presagio.

No había ni rastro de Stella.

Se estremeció al pensar que Mackensen podía haberla atacado ya, acabando con ella sin levantar el menor ruido.

Tuc rodeó una columna.

La penumbra era como una masa viscosa entre la cual parecían aguardarle cien ansiosas manos.

Y al fondo, vio aquella otra puerta.

Diríase que la puerta oscilaba levemente, como si alguien acabara de pasar por allí.

Por debajo se filtraban unos rayos de luz.

Tuc se dirigió hacia allí.

Sus mandíbulas estaban apretadas en un gesto de decisión y de alarma, porque sabía que más allá podía estar la muerte.

Empujó la puerta.

Una luz tenue y azulada —tan azulada que parecía irreal— lo bañaba todo.

Vio la gran habitación casi vacía, pero muy acogedora, pues las paredes estaban pintadas con colores modernos y cálidos, y en el suelo había incluso moqueta.

Los únicos muebles consistían en un diván y una butaca, además de un elegante tocadiscos. En el diván estaba sentado un hombre bien vestido, con las piernas cruzadas y un cigarrillo humeante entre sus dedos. Su postura era rígida, sus ojos estaban quietos, su boca demasiado recta.

Pero no fue eso lo que llamó la atención de Tuc Mallory, no fue eso lo que le hizo lanzar una especie de gemido de horror.

Lo que le estremeció, lo que le dejó atónito, lo que hundió todas sus fuerzas fue aquella visión de aquelarre que superaba cualquier pesadilla imaginable. Porque el hombre sentado en el diván, con los ojos clavados en la puerta por donde acaba de entrar, era… ¡él mismo…!

CAPÍTULO XXI

Cuando a Tuc le hicieron daño los pulmones se dio cuenta de que había estado sin respirar Dios sabe cuánto tiempo. Hizo un esfuerzo para serenarse y avanzó hacia el hombre sentado frente a él. Nuevamente el «toc, toc» de su bastón le pareció un presagio de muerte que le helaba hasta la sangre.

Pero sus ojos acostumbrados a observar, ya habían captado una serie de detalles reveladores. La luz azulada que envolvía la habitación impedía discernir el verdadero color de la cara que tenía enfrente, pero la inmovilidad del cuerpo era espantosa. Y su rigidez resultaba tan total, que Tuc Mallory se dio cuenta de que estaba frente a un muerto.

No era extraño que aquel muerto conservase una posición, por decirlo así, natural. Los embalsamadores han llegado en eso extremo de verdaderos artistas. Primero los norteamericanos y luego los ingleses han dominado la técnica de la vida para aplicarla a la muerte. En muchas funerarias de los Estados Unidos, el difunto es presentado a sus familiares no como una forma rígida metida en un ataúd, sino como una persona cómodamente instalada en una sala de estar, a la que han logrado dar la posición más natural gracias a una serie de soportes y cálculos de equilibrio. El velatorio no es así una cosa triste, sino más bien —y dentro de una cierta atmósfera irreal— una especie de conversación con el muerto. Sí… En ese aspecto del arte funerario, algunos embalsamadores modernos han llegado a extremos de perfección que dejan pequeños a sus viejos maestros del arte egipcio.

Tuc tenía ante los ojos un buen ejemplo.

Pero el hecho de que el muerto tuviera entre los dedos un cigarrillo humeante y acabado de encender indicaba que alguien había estado allí unos minutos antes. Indicaba que aquello había estado preparado para que él lo viese.

Y no era eso lo que más asombraba a Tuc Mallory.

Era el increíble parecido de aquel muerto, con él.

Caso de no saber con exactitud que jamás tuvo un hermano, Tuc habría llegado a dudar. El parecido era tan notable que causaba asombro. Claro que sí uno se fijaba con más detalle se daba cuenta de que aquel parecido obedecía a una cierta impresión de conjunto, pero la forma del rostro y los rasgos fisonómicos, examinados aisladamente, eran bastantes distintos. De un modo u otro, sin embargo, la primera sensación resultaba abrumadora.

Eso hizo que Tuc Mallory siguiera paralizado ante aquel cadáver, sin saber qué pensar.

Eso hizo que sus ojos siguieran aquellas líneas sin encontrar ninguna explicación al misterio.

Hasta que entonces sonó aquella voz en la puerta:

—¿Lo conoce?

La voz era tranquila; la pregunta también lo era, pero Tuc sintió como si le hubieran clavado el cañón de un revólver en la nuca.

Se volvió poco a poco. La pierna no le permitía gran cosa más.

Y entonces supo que tenía delante al culpable de todo aquello, al hombre que había puesto en circulación al monstruo. Supo que tenía ante sus ojos al creador del moderno Frankenstein.

Lord Clayton le miraba fijamente.

En la derecha sostenía un revólver ya amartillado.

Sus ojos vacíos, inexpresivos, eran los de un enorme animal disecado.

Tuc se dio cuenta que tenía que ganar tiempo, aunque tampoco vio ninguna salida para aquella situación, puesto que incluso le era imposible saltar contra su enemigo.

—No —dijo— no lo había visto jamás.

—Pues era un hombre realmente notable. Su fotografía había aparecido bastantes veces en las revistas. ¿Nunca le habló nadie del asombro parecido entre usted y él?

—No. La verdad es que ese hombre y yo debíamos movernos en ambientes muy distintos, supongo. Estoy convencido de que no teníamos amistades comunes.

Se oyó una risita cadenciosa, lenta en aquella extraña mansión de la muerte.

—Pues, como le digo, este hombre era realmente notable —

murmuró lord Clayton, con la mayor tranquilidad—. Sí… Él controlaba los contratos para dos cadenas de televisión y una gran compañía cinematográfica. Ninguna chica que aspirara a triunfar en la pantalla llegaba muy lejos, si no aceptaba sus condiciones.

—¿Qué condiciones?

Lord Clayton volvió a reír cadenciosamente.

—Imagínelas, hombre, imagínelas… Bastantes chicas pagaron algo así como el viejo tributo de las cien doncellas. Y sin embargo era un hombre muy guapo… Algunas mujeres se enamoraban locamente de él.

Tuc intentó concentrar todas sus fuerzas en la pierna sana. Se dispuso a saltar, aunque se dio cuenta de lo arriesgado, casi de lo imposible que era eso.

—¿Murió de muerte natural? —preguntó—. ¿O quizá lo asesinaron?

—Nadie le hizo daño. Murió de muerte natural cuando alguien le había secuestrado. Nadie sabe que su cuerpo está aquí.

—¿Lo secuestró usted mismo?

—No.

—¿Quién?

Otra vez aquella risita silenciosa.

—Está loco si cree que voy a decírselo.

Tuc Mallory se dio cuenta no sólo de que estaba en peligro mortal, sino también de que reventaría sin haber aclarado aquel misterio. La verdad era que no había adelantado gran cosa. Si a aquel hombre no le secuestró lord Clayton, ¿quién lo había hecho?

—¿Cómo se llamaba? —preguntó, intentando todavía ganar tiempo.

—George Wetson.

—¿Lo embalsamó usted?

—Sí.

—Le felicito. Es una obra de arte… Pero no he venido aquí a contemplar muertos, por muy bien conservados que estén, sucio asesino.

Lord Clayton no se inmutó ante la acusación. Estaba ante un hombre herido y tenía en la mano la carta decisiva, o sea, un revólver. Volvió a reír quedamente.

—Es inútil que haga preguntas, Mallory —bisbiseó—. Dentro de

poco estará usted como él. Compondrán… una bonita pareja.

—¿Por qué resucitó a Mackensen? ¿Por qué…?

—Era una nueva experiencia. Después de los trasplantes e injertos que había hecho, necesitaba un éxito total, algo que deslumbrara a todos los científicos que me negaban crédito. Por eso hice lo de Mackensen. Por eso realicé con él una experiencia que nadie puede negar fue maravillosa.

—Digamos más bien que fue asombrosa —gruñó Tuc—. Lo de maravillosa, tratándose de un puerco asesino, no me acaba de sonar. Pero si usted lo hizo para alcanzar el alto nivel científico que sin duda merecía, ¿por qué no lo comunicó a sus compañeros? ¿Por qué no envió, por ejemplo, un dictamen a la Academia de Medicina?

—No pude.

—¿Por qué no pudo?

—Porque Mackensen empezó a matar.

Ahora el que rió silenciosamente fue Tuc Mallory. A sus labios asomó una sonrisa entre amarga y burlona.

—¿Qué esperaba? ¿No sabía que Mackensen era un puerco asesino? ¿Esperaba que repartiera bendiciones?

—No había razón para que matase —susurró lord Clayton, confusamente—. Yo creía tenerlo sometido a mi voluntad. Pero, sin embargo, mató.

—Y entonces tuvo miedo de que le acusaran de ser responsable de esos crímenes, ¿verdad? —musitó—. Decidió callar, pero, sin embargo, Mackensen siguió suelto. ¿Por qué?

Demasiado tarde se dio cuenta Mallory de que había hecho mal al acosar a preguntas a lord Clayton. Demasiado tarde comprendió que le había puesto nervioso y que eso precipitaría las cosas. Comprendió que el millonario iba a disparar una décima de segundo antes de que lo hiciera.

Fue eso lo que le salvó. Eso y su costumbre de enfrentarse a toda clase de peligros, su costumbre de luchar. Apoyándose en la pierna sana, como ya venía haciendo, disparó su bastón con un movimiento fulminante, alcanzando de lleno la mano armada de su enemigo.

Éste logró apretar el gatillo, pero su mano destrozada (lord Clayton, al fin y al cabo, ya no era joven) estaba inclinada hacia al

suelo cuando disparó. La bala atravesó la moqueta.

Tuc descargó entonces su segundo golpe con la única arma que podía disponer.

Manejaba el bastón igual que una espada. Al fin y al cabo estaba entrenado en la ruda lucha japonesa, donde se aprende a hacer maravillas con un arma de esa clase. A partir del instante en que tuvo que soltar su revólver, lord Clayton estaba perdido.

Lanzó un grito gutural al recibir el segundo bastonazo.

Éste le había dado en el cuello. El tercero y último golpe le hundió la cabeza.

Lord Clayton se derrumbó silenciosamente.

Parecía un saco vacío, arrugado, cuando la luz azulada dibujó su última caída.

Tuc Mallory le miró con una expresión donde la ansiedad se mezclaba al horror. Había querido dejarle sin sentido, pero comprendió que le acababa de atizar demasiado fuerte.

Acostumbrado a la lucha sin piedad, Tuc Mallory no medía demasiado bien sus golpes.

Con la base del cráneo hundida, lord Clayton no era más que un cadáver.

Tuc Mallory pasó sobre él.

Tenía metida en la boca la sensación de la muerte.

Salió de aquella estancia y entonces… ¡la muerte vino hacia él! ¡Entonces aquella especie de bestia inhumana saltó sobre sus espaldas! ¡Entonces sintió en la nuca el aliento viscoso de la boca de Mackensen…!

CAPÍTULO XXII

Tuc no pudo precisar esta vez en qué pierna se apoyaba, ya que no fue dueño de sus movimientos. Cargó el peso del cuerpo en la pierna herida y se derrumbó bruscamente.

Mackensen saltó sobre él mientras intentaba anudarle al cuello un lazo de seda.

Aquel maldito asesino era fuerte como un toro, y además le había atacado por sorpresa. Todas las posibilidades estaban a su favor. Lo único que pudo hacer Tuc fue levantar el bastón mientras el otro se lanzaba por los aires.

Mackensen recibió el golpe en el bajo vientre.

Se estremeció de una forma brutal.

Lanzando un chillido, cayó de costado. Tuc intentaba incorporarse.

Se apoyó en un brazo, con el gesto de un luchador que se apoya en el *ring*, y disparó su pierna sana. Ahora Mackensen recibió el impacto en la mandíbula. Y… y sucedió una cosa increíble. ¡Su piel saltó! ¡Parte de su carne saltó también! ¡Mackensen, por decirlo de alguna manera, se estaba desintegrando!

¡Sus tejidos, rehechos después de la muerte, no resistían los golpes!

¡Era como un vampiro, que se deshace al contacto de la luz!

Aquella combinación de carne viva y calavera muerta bajo ella, hizo que se rompiera el difícil equilibrio de los nervios de Tuc Mallory. Una angustiosa sensación de ultratumba le dominó. La luz azulada era como la luz del Más Allá, el resplandor que nos espera en el mismo umbral de la muerte.

Ni siquiera se dio cuenta de que golpeaba otra vez a Mackensen.

Vio saltar un nuevo pedazo de su cara, mientras la calavera se mostraba debajo.

De la garganta de Tuc Mallory escapó un gruñido de sorpresa y

de horror.

Ni en las viejas películas de Frankenstein había visto nada semejante… ¡Con la diferencia de que esto lo estaba viviendo él!

Creyó que Mackensen estaría destrozado después de los golpes, pero no fue así.

Aquella especie de muerto viviente… ¡ATACÓ!

La náusea y la furia se mezclaron en el espíritu de Tuc mientras soltaba el bastón y sujetaba a su enemigo por la mano derecha. Arqueó el cuerpo y lo envió por encima suyo como un fardo. Era una presa tan normal para él que no le significó ningún esfuerzo.

Mackensen se estrelló contra una de las columnas, pero Tuc Mallory aún no lo soltó.

Se dejó caer sentado en el suelo mientras, manteniendo tenso el brazo derecho de su enemigo para que no se le escapara, le presionaba salvajemente el cuello con la pierna sana.

Oyó que aquel cuello crujía.

La cara de Mackensen seguía desintegrándose.

La nausea y el horror se hicieron insoportables para Tuc. Apretó más, con la desesperación del que desea acabar pronto sin importarle cómo. Apretó… Apretó…

Sus dientes rechinaban.

Sus músculos estaban salvajemente tensos como los de un luchador.

El cuello de Mackensen volvió a crujir…

Aquel «chask» siniestro pareció llenar el sótano entero. Tuc sintió, de pronto, que la brutal presión de su pierna no encontraba resistencia. El cuerpo del asesino se arrugó entonces como se había arrugado minutos antes el cuerpo de lord Clayton.

Tuc se incorporó.

No, tuvo fuerzas para mirar a aquel monstruo que había muerto dos veces.

Pesadamente subió al piso superior, al laboratorio secreto. No tenía fuerzas para seguir más tiempo allí. Cuando la luz azulada dejó de envolverle se sintió extrañamente aliviado, igual que si acabara de salir de una tumba.

Miró en torno suyo.

Pensaba que ya había salido para siempre de aquel universo de horror.

Pero estaba equivocado si pensaba eso. Sus sorpresas no habían terminado. Aún le faltaba lo peor, aunque él no lo sabía. Aún le faltaba ver… ¡al propio Michael! ¡Aún le faltaba ver a su amigo muerto…!

CAPÍTULO XXIII

Tuc Mallory no supo cuántas veces se vio obligado a abrir y cerrar los ojos. No supo lo que pasaba por él. De pronto, todo empezó nuevamente a dar vueltas en torno suyo mientras miraba al detective que estaba ante él, con los ojos muy abiertos… ¡y vivo! ¡Vivo como antes de desplomarse por la ventana!

Tuc respiraba afanosamente.

El mismo no se daba cuenta.

Sus ojos estaban desorbitados, mirando a Michael. Por eso no se dio cuenta de que aquella sombra avanzaba. Por eso no se dio cuenta de que tenía junto a él… ¡a Stella Clayton!

Cuando la vio, sin embargo, no hizo ningún gesto de alarma. Stella era tan dulce, tan suave… Stella debía estar tan amargada por lo ocurrido… Stella necesitaba tanto consuelo…

—Lo siento —musitó—. Lo siento, te lo juro. Yo…

Pero, de pronto, el movimiento de la mano se detuvo.

De pronto, la sonrisa se borró.

De pronto, en los ojos de Tuc apareció una lucecita de incredulidad…

¿Qué era lo que brillaba en las pupilas de Stella?

¿Qué era aquella lucecita diabólica?

¿Qué era lo que descansaba en su mano derecha?

¿Qué significaba aquel revólver?

CAPÍTULO XXIV

Tuc seguía sin entender nada. Los elementos del monstruoso rompecabezas seguían sin encajar en su cerebro. La mano con la que había tratado de acariciar a Stella siguió detenida en el aire.

—Debías haberlo comprendido —barbotó ella—. Debías haberte dado cuenta de que la clave estaba en ti mismo, maldito…

En el cerebro de Tuc pareció encenderse una lucecita lejana. Recordó las palabras de Michael: «La clave está en ti mismo». Pero ¿qué significaba eso? ¿Qué sentido tenía?

Otra vez a Tuc le pareció que se sumergía en un negro universo de horror.

—¿Por qué dices eso? —barbotó—. ¿Te has vuelto loca?

—Sé perfectamente lo que me digo.

—¿Te refieres a mi parecido con George Wetson? —susurró.

—Sí.

—Pero ¿qué diablos significa eso?

—¿Es posible que no lo comprendas? —preguntó la muchacha, con voz silbante.

—¿Y qué infiernos he de comprender?

—¿No te has dado cuenta aún de que estaba locamente enamorada de él?

Una especie de nube pasó entonces por delante de los ojos de Tuc. Fue una nube que en cierto modo le ayudó a ver, pero que dio a todas las cosas un relieve siniestro. Lo bañó todo con una luz especial y mortuoria, como la luz que había abajo, la luz de la cripta. Con voz vacilante, preguntó:

—¿Tú lo secuestraste?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—¿No lo entiendes? No quería verle con otras mujeres.

—Y George Wetson iba con muchas de ellas, ¿no es cierto? Su

cargo y su falta de escrúpulos se lo permitían…

—Con demasiadas mujeres —dijo Stella, rencorosamente—. Tanto, que lo aparté de ellas.

—¿Y murió de muerte natural aquí?

—Sí. Fue una verdadera lástima. Su corazón no respondió. En el fondo era un hombre débil, un hombre que al encontrarse en este encierro sintió verdadero miedo.

El cuello de Tuc seguía tenso. Su respiración era silbante.

—¿Lo hiciste embalsamar por tu padre?

—Sí. Mi padre era un verdadero artista. Hasta le injertó piel nueva de otros cadáveres. Fue como si George siguiera viviendo.

—¿No has pensado que eso era una monstruosidad? ¿No has pensado que eso iba contra las leyes eternas de la muerte?

—¿Qué leyes? ¿Qué muerte? Llegará un día en que el hombre dominará todo lo que se oponga a su vida, y ese día ya está alumbrando. Mi mismo padre lo demostró; otros científicos lo demuestran continuamente. Pero la verdad fue que, en cierto modo, olvidé pronto a George. Lo olvidé porque estabas tú.

Otra vez Tuc sintió aquella especie de vértigo. Otra vez le pareció que se le escapaba la situación, aunque poco a poco la iba comprendiendo.

—¿Yo?

—Tu parecido con George era asombroso, pero estabas absorbido por otra mujer. Me di cuenta de que acabarías casándote con ella y decidí eliminarla.

—Dios santo, Nancy.

—Sí —dijo Stella, con voz ronca—. Fui yo la que provocó aquel atropello y la que acabó con su maldita vida. Fui yo la que la trajo aquí para que mi padre empleara sus órganos en trasplantes. De todos modos, lo estaba necesitando… Pero a las mujeres que llevaban sus ojos, su piel, también llegaste a conocerlas. A partir de ese momento, hubo un doble motivo para que murieran.

—¿Un… doble motivo?

—Sí. En primer lugar, mujeres como Sigrid y su amiga Wanda se habían dejado seducir por George en otro tiempo. Era motivo más que suficiente para que las odiara, para que tuviese decidida su muerte. Pero, además, había otro motivo: significaban una pista que podía llevarte hasta este lugar. E incluso existe un tercer motivo: te

estaban amando a ti. Por eso las odiaba tanto.

Sólo en aquel momento se dio cuenta Tuc Mallory de las tinieblas que imperaban en el cerebro de aquella mujer. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba ante una loca, ante una especie de esclava del Más Allá. Sólo entonces lo vio todo con una claridad brutal, viscosa, sangrienta…

—¿Empleaste a Mackensen para tus crímenes?

—Claro que sí. Él estaba dominado por mí, ya que me deseaba locamente. Mi padre creía controlarlo, pero en realidad quien lo controlaba era yo, la hija del moderno Frankenstein. Sin embargo, a la mujer a la que no asesinó fue a su propia hermana. A ésa la colgué yo.

—¿Y tú hiciste que no me matara después de decapitar a aquella mujer en el que había sido departamento de Sigrid?

—Sí. Le hice una seña rara para que dejase de atacar. No quería que murieses aún.

—Voy comprendiendo otras cosas, Stella. ¿Había fotografías de George en el departamento donde se cometió el crimen?

—Sí. Las dos puercas habían recibido a George allí. Tenían incluso fotos suyas porque, aparte lo que pensaban obtener con su amistad, George Wetson les gustaba. Michael las encontró y se dio cuenta, por el parecido, de que tú podías tener algo que ver en el asunto. Te llamó y entonces comprendí que debía eliminarlo. Lo arrojé por la ventana de su despacho. No fue tan difícil, teniendo en cuenta que se trata de un hombre muy flojo.

—Pero ¿cómo no murió? ¿Y por qué desapareció su cadáver? ¿Cómo es posible?

—Mi padre esta vez había adivinado mis intenciones. No quería que controlara a Mackensen y cometiera más crímenes. Por eso adivinó lo que iba a suceder y situó uno de sus coches abajo, en el patio interior, entrando por el almacén. Nadie le vio. El cuerpo de Michael se desplomó sobre la capota de lona del descapotable y la destrozó, pero sin demasiado ruido y sin sufrir demasiados daños. Sólo sufrió una conmoción cerebral de la que mi propio padre le atendió aquí. Desde entonces, lo hemos tenido controlado mediante una serie de drogas, al pensar mi padre que su cuerpo podía serle útil. En realidad, es como si estuviera muerto.

Tuc dirigió una ojeada a su amigo. La expresión de éste, en

efecto, denotaba ausencia, pero algo en él empezaba a recuperarse. Sin duda se reharía pronto si no le volvían a administrar su ración de drogas.

La voz de Stella volvió a sonar como un chirrido.

—Sólo dos cosas quedan para que termines de saberlo todo —dijo—. Mi padre había operado bajo el nombre falso de doctor Baxter, en un despacho situado cerca de la Torre de Londres, para que no lo identificaran tan fácilmente. En cuanto a la vez que me encontraste con las ropas desordenadas…, había sido Mackensen, en efecto. Pero no lo hizo por su voluntad. Yo se lo pedí, se lo ordené. Quería desorientarte, quería que creyeras en aquel momento, puesto que acababas de descubrir el cadáver de su hermana, que Mackensen era mi enemigo.

Y ya no habló más. Tuc Mallory se dio cuenta de que habían llegado a la escena final del drama. Stella Clayton iba a apretar el gatillo.

Tuc no tenía ninguna posibilidad, puesto que ella estaba demasiado cerca. No podía mover su bastón, no podía saltar… Lo único que podía hacer era mover los brazos, y con uno de ellos lanzó a la cara de la diabólica mujer la retorta que estaba más a su alcance, en una de las repisas del laboratorio. No sabía lo que contenía ni le importaba. Sólo quería frenarla, impedirla disparar… Pero fue entonces cuando oyó aquel alarido de muerte, aquel alarido inhumano, aquel grito lacerante que llegaba a las entrañas…

Los ojos de Tuc se desorbitaron.

Su garganta sufrió una crispación.

Vio que la cara de Stella… ¡se había puesto a hervir!

¡Que su piel saltaba!

¡Toda ella se estaba abrasando!

Sólo unos segundos más tarde comprendió Tuc que lo que acababa de arrojarle a la cara era ácido sulfúrico de alta concentración. Sólo entonces se dio cuenta de que el líquido le resbalaba por todo el cuerpo y la abrasaba por completo. Stella Clayton no tenía salvación. Materialmente iba a morir quemada viva…

Para ahorrarle sufrimientos le asestó dos culatazos con su propio revólver. Stella cayó pesadamente y dejó de moverse. Cuando le

llegara el momento de recuperarse ya estaría en el Más Allá. Las espantosas quemaduras, a las que era imposible que sobreviviese, habrían acabado con ella.

Tuc se tambaleó.

Parecía estar también al borde de sus fuerzas.

Y el que esta vez evitó que cayera fue… ¡Michael! ¡Michael, que se estaba recuperando de los efectos de las drogas!

El detective balbució:

—Lamento… lamento no haber intervenido antes, muchacho. No podía moverme…

Tuc se apoyó en una de las mesas.

—Celebro que estés a salvo, Michael —dijo débilmente—. La verdad es que ya no contaba verte hasta el Valle de Josafat.

—Yo te daré los detalles que necesites, los que te falten para explicarlo todo a la policía… Me tenían encerrado, pero, sin embargo, he visto, y sobre todo he oído muchas cosas.

—Gracias, Michael. Tus palabras serán muy útiles. Al fin y al cabo eres un testigo que ha vuelto desde más allá de la muerte…

Avanzaron hacia la puerta.

La verdad, hay que reconocerlo, es que no estaban los dos para ganar ninguna Olimpíada, pero al menos podrían salir de allí.

—Vamos junto a Anouk —susurró Tuc Mallory—. Creo que nunca la había necesitado tanto como ahora.

—Me alegra que al fin te decidas, cuerno… Ella te está queriendo desde hace demasiados años…

—Gracias, Michael. Vamos de una vez con ella. Espero que Anouk sepa comprenderlo.

—Seguro que sí, muchacho. Cuando una mujer ama como ella, lo comprende todo muy bien.

Desde la puerta se volvió.

Clavó sus ojos turbados, un poco vidriosos, en lo único que se veía ahora de Stella Clayton: sus fabulosas piernas intactas saliendo más allá del borde inferior de uno de los armarios.

—Lástima —susurró—. Esa minifalda le caía divinamente.

Tuc le miró con sorpresa.

No lo entendía.

—¡Pero, Michael! —susurró.

—¿Qué pasa?

—¡Antes no te fijabas en las piernas de ninguna mujer!

—Debe ser el tratamiento que me han dado, chico. No sé qué me pasa… Pero ahora me doy cuenta de que las mujeres son preciosas y de que están en el mundo para algo.

Tuc musitó:

—Pues eres el que más ha salido ganando, cuerno… ¡Ya era hora de que comprendieses! ¡Ya era hora de que quitases de tu despacho todos aquellos tipos haciendo gimnasia y lo llenaras de chicas en bikini!

—Así lo haré —prometió Michael—. Así lo haré en seguida, muchacho. Todos aquellos tíos sacando músculo… ¡Uf! ¡Qué pesadez!

Y salió con él.

Pero, de pronto, se acordó de algo.

Gimió:

—Muchacho, ¡será un desastre!

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Voy a perder todos mis clientes. ¡Los perderé todos! ¡Toditos! ¡Todooooos!

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Como se sabe, los policías ingleses no están autorizados a llevar armas; No obstante, ante el crecimiento de la criminalidad y ante la abolición de la pena de muerte, lo que ha hecho que se dispare contra ellos con mucha mayor facilidad que antes, algunos de los agentes usan de manera particular pistolas de pequeño calibre que les caben en los bolsillos. Eso ha provocado la muerte de algunos delincuentes, en especial atracadores, provocando vivas polémicas entre los defensores de la línea clásica, según los cuales la policía debe seguir sin armas, y los partidarios de que puedan repeler la agresión de delincuentes que usan incluso metralletas para sus asaltos. Scotland Yard, oficialmente, sigue desautorizando el uso de armas. *(Nota del A.)*. < <

[2] Periódico de mucha mayor tirada que el *Times* y que dedica, pese a su seriedad informativa, mucho mayor espacio a las informaciones de sucesos. En algunas ocasiones han seguido la vieja norma de los periódicos sensacionalistas franceses: *du sang a la une* (Sangre en primera página). *(Nota del A.)*. <<